

Ercole Lissardi

EL HIJO VERDADERO

La debacle comenzó el día siguiente a mi octogésimo aniversario. Hasta entonces venía razonablemente bien. Pero aquella mañana empecé de pronto a dejar de funcionar. Mis piernas no quisieron caminar, ya no quisieron trasladarme de un lugar a otro como lo hicieron, con humilde eficiencia, sin jamás atraer hacia sí la atención, durante toda mi vida. Se negaban empecinadamente, sin alegar dolencia alguna, a cumplir la sencilla orden que recibían. Me costó creerlo, y aceptarlo. Me esforzaba por obligarlas, pero ni a sostenerme estaban ya dispuestas. Si lograba ponerme en pie me hamacaba como una hoja en el viento. Necesité quién me sostuviera para arrastrar los pies hasta el baño. Pronto tuve a un lado de la cama un andador, y del otro, un par de bastones.

Tuve que resignarme, asumir que sería una escala técnica más en el decaer que me llevaría a reunirme con Delia, allá en el Cielo de los matrimonios supuestamente bien avenidos. Abandoné toda resistencia, corté las amarras con lo poco que por entonces era mi vida, dispuesto a flotar a la deriva hacia la mar, que es el morir, como decía aquel poema aprendido en el liceo y que me repetí, entre dientes, como una especie de mantra de pre-consolación, toda la vida. Podía sentir, medir la pérdida de fuerza, de energía, de un día para el otro. Tendido en la cama, con el dormitorio en penumbras, dormitaba todo el día, como drogado, sin más conciencia que la necesaria para vigilar en mi cuerpo la aparición de la señal que indicaría el final del viaje.

Me dejaban, a los pies de la cama, el televisor encendido. Todo el día. El cuchicheo y la agitación de los colores hipnotizaban mi embotamiento. Hasta que un día sucedió lo que nunca hubiera podido prever, lo absolutamente inesperado. Desperté –lo cual es un decir: abrí los ojos, aunque conciencia no tenía casi ninguna- y vi a la mujer en la pantalla del televisor. Hablaba. Doblada al español. En una película cualquiera, anodina. A saber qué decía, qué le pasaba. Imposible concentrarme. Una sola cosa entendía me decía, por debajo del maquillaje, del peinado, del parloteo incesante, de sus gestos estereotipados de actriz. Me decía: soy una mujer. Un solo mensaje emitía en realidad, camuflado, subliminar, por debajo de la cháchara y el mal gusto, y ese mensaje era sólo para mí: soy una mujer.

¿Una mujer? Desde mucho antes que Delia se fuera al Cielo la palabra “mujer” no significaba para mí nada en especial. En el mundo lo que había era “gente” y poco me importaba si se vestía con polleras o con pantalones. Ni siquiera recordaba qué sentía cuando la diferencia me importaba, allá en los años de la primera juventud. Y ahora, de repente, ese monigote plano en la pantalla del televisor, me decía, sin palabras, y sólo para mí, lo que de mí lo diferenciaba: soy una mujer. Me estremecí como hacía toda una vida que no me estremecía. Me estremecí al volver a sentir el misterio de la mujer, el misterio de la diferencia en lo mismo, o de lo mismo en la diferencia, como se quiera mirarlo.

Entonces sí desperté. Desperté dulcemente, como si gotas de agua fresca cayeran sobre mi frente. Y recordé que así veía a Delia a veces, sólo a veces, al comienzo de nuestro matrimonio. De pronto, en cualquier situación banal y más allá de lo que estuviera haciendo o me estuviera diciendo, cosas de ama de casa seguramente, la veía de pronto más allá de su ser mi esposa, la veía de pronto en sí, en su ser una mujer, en el misterio de su diferencia en tanto mujer. Y esa percepción me arrebatava. Sin mediar palabras, sin explicaciones ni protocolos, le exigía el débito conyugal, que ella me concedía sin protesta ni resistencia, aunque también sin beneficio alguno: el poco disfrute que obtuvo de mis esfuerzos en la materia era fingido, cosa de la que sólo me enteré después de muerta, gracias a una infidencia, perfectamente prescindible aunque estuviera bien intencionada, si es que lo estaba, de quien era y sigue siendo nuestro médico de familia.

Esa vez, como otrora, ese súbito percibir la cosa mujer me hizo desear la cópula. Pero ¿qué podía hacer en ese triste hoy para satisfacer ese capricho? Nada. La impresión que tengo es que, cada día, cada movimiento me va costando más esfuerzo, que, cada día, cada parte del cuerpo me pesa más. Pero, pensé, quizá aun así algo, por poco que fuera, algo quizá sería posible. Despacito trepó sobre mi vientre mi mano flaca, casi transparente, frágil como la hojarasca. Despacito, como quien aprende a manejar un brazo robótico, sorprendido por el cosquilleo de sensibilidad en la yema de los dedos.

Toqué el pellejo desinflado, inútil desde hace una eternidad, excepto para tareas de excreción. Con indiferencia en los últimos años había verificado que parecía achicarse, contraerse, al contrario de los testículos que parecían abultarse. Nada esperaba de ese tocarme, por supuesto, pero aun así sentí una especie de placer difuminándose por todo mi cuerpo. La mujer seguía allí, ahora en primer plano, parloteando con su boca roja y mirándome a los ojos, y eran su boca y sus ojos los

ojos y la boca de una mujer. La boca me sonreía por momentos con su sonrisa falsa, y sus ojos insistían en mirarme como si con su mirada esperara obtener algo de mí.

Con la punta de los dedos presioné sobre el pellejo inane, traté de hacerlo rodar sobre la piel del vientre. Me pareció que muy fugaz, casi inasible, pero un punto de sensibilidad destellaba hacia la base del órgano. La mujer calló, mirándome atenta, ansiosa, como esperando que en mí pasara algo, que tuviera algo, por mínimo que fuera, para ofrendarle. Y sí, sí tenía. Allá abajo, en el perineo, un músculo lenta pero seguramente se tensó y se contrajo, como para contener una defecación, pero en realidad para expulsar pellejo arriba una sensación de delicia que me aflojó instantáneamente todo el resto del cuerpo justo cuando la mujer cruzaba la calle, con su falda azotada por el viento, caminando de tal manera, con un ímpetu de vida tal, que no pude con tanta belleza y, abandonado a la tenue delicia, me di de pronto de frente contra una modesta pero innegable oleada de placer, y sentí cómo florecía en mi rostro una mueca de llanto, aunque mis ojos secos fueran incapaces de juntar una sola lágrima.

Al poco jugo que había aun en mí, mi economía vital se permitía aun darle otro uso, tan modesto y estéril como se quiera, pero real: al retirar la mano culpable toqué en la piel del vientre una minúscula humedad. Me asusté un poco, me pregunté si estaría sangrando. Quise levantar la cabeza, forzando el cuello, para mirarme el vientre pero no tuve energía para tanto. Busqué con las yemas de los dedos. No eran más que un par de gotitas sin densidad alguna, aguachentas. Levanté la mano para mirarla: no era sangre. Me olí los dedos. Muy, pero muy débil pero reconocí el olor del semen. Y entonces, como convocado por mi olor íntimo, me llenó las narinas el olor íntimo de la mujer, a medias recordado, a medias inventado, embriagador como el perfume de una flor extraña que la brisa me trajera desde lo más profundo de una selva. Me prendí de ese olor como un naufrago se prende de cualquier cosa que lo mantenga a flote. Porque supe de inmediato que ese olor carnal, dulzón, apenas acre, como una especia insólita, era el olor de la vida, del mundo, del futuro, de la esperanza. Por primera vez desde que las piernas me traicionaron sentí que podía estar muriéndome, pero que mientras me estuviera muriendo, estaba vivo.

II

La situación –quiero decir, la alucinación y el goteo de placer- se repitió. No sé cada cuánto. Mi noción del transcurso del tiempo era muy vaga. De pronto, en algún momento en medio del embotamiento habitual, un rostro de mujer en la pantalla del televisor me magnetizaba. Jovencita o hembra en plenitud, negra, blanca o amarilla, pero de pronto ese rostro, que podía estar vendiendo detergente, o diciendo las noticias en portugués, en inglés o en español, o actuando trabajosamente un melodrama, ese rostro se liberaba de todos los velos y de todos los tics del oficio, y como si se volviera hacia mí y me hablara directamente, me hacía ver a la mujer detrás de la máscara, a la simple mujer, animal atento a lo que ese hombre -yo, ese viejo postrado en su lecho de muerte, sí, de antemano de muerte- pudiera darle o pedirle. Animal hambriento de vida ella, como yo, que apenas consciente, embotado, adormilado, estaba sin embargo vivo y hambriento de vida. ¡De sexo! Sí, increíblemente hambriento de sexo como no lo había estado desde hacía quién sabe cuánto tiempo.

Y la vivencia de ese ser fantasmal, hecho de puntitos de colores, era tan intensa que podría hundir mis dedos esperpénticos en su cabello corto o largo, ondeado o lacio, rubio u oscuro, delicado o fuerte, hasta contener en mis manos su cráneo, el casco óseo dentro del cual fluían eléctricos sus afectos y sus pasiones, sus deseos y sus odios, sus ternuras y sus furias de mujer. Podría respirar en su aliento los secretos animales de su cuerpo, podría explorar con las yemas de los dedos la superficie lisa o granulada de los pezones pequeñitos o rotundos o desbordados, rosaditos o muy oscuros, que me mostraría resignada o lujuriosa, podría interrogar con el filo de una uña la boquita del pezón, virgen o desflorada por el hambre de su cría. Podría prepararme, pero nunca lo suficiente, para cuando llegara el momento de saturarme las mucosas olfativas con el olor ácido y dulzón, animal y sublime, de su entrepierna.

Cuando por fin, con dedos temblorosos, masajeaba torpemente la panza o el lomo del animalito aferrado a mi vientre, qué poco, qué demasiado poco hacía falta para escurrirme, con el alma por delante y sin resistencia alguna, en la modesta riada blanquecina, pronto absorbida por la trama del

lino de la sábana, tan mansamente como la lamida del mar desaparece en la arena. Desaparecer, pero no tanto ni tan rápido como para que Filomena, desde siempre nuestra empleada doméstica, o Sebastián, mi único hijo, que vigilan mis sopores, temerosos de perderse mi último estertor, no se dieran cuenta. Sobre todo Filomena, que es la que mete la ropa de cama en la lavadora. De hecho la vi, o la imaginé, mostrándole una manchita casi imperceptible a Sebastián, y la oí cuchichear con él, mirándome de reojo, ya no tan segura ni tan confiada, y con razón, acerca de la profundidad de mis sopores.

“Sí, Filomena, es semen” me daban ganas de decirle. “Y con una gotita ínfima como esa podría preñar. Con esa gotita y un poco de suerte podría dar origen a una nueva vida, a un nuevo hombre, o mujer, a una nueva tragedia de existir. De manera que mejor dejémosla así, disolvámosla con jabón, y dejemos después que el sol acabe con lo que quede”. Pero mis labios secos no se separaron, mi lengua pastosa no se movió y de mi garganta endurecida no salió palabra alguna destinada a desocultar mis pecaditos. “Sí, mis queridos” hubiera querido decirles, “en mí no sólo el viejo es por segunda vez niño, además, lo que es peor aún, el viejo es por segunda vez adolescente, y ando soltando semen, soltando lastre, alivianándome para alcanzar mi flotación, buscando altura, quizá buscando, sin saberlo, en uno de aquellos vuelos breves y deliciosos alcanzar el azul más profundo del cielo, despidiéndome así, como en un sueño feliz, de la tiranía de esta vida ya no

querida.

Pero no sucedía ese deslizarme gozoso hacia la gloria. Y así continuaba mi vida, hecha de ir tambaleándome hasta el retrete y regresar a la cama para tumbarme durante horas sin fin, cavilando, en los escasos momentos de lucidez, que la única manera de salir de aquello al alcance de mi mano y sin mayor escándalo era simplemente dejar de comer, o de respirar. Hasta que tuve una idea. No sé si llamarlo idea. Una idea es algo, una “cosa” que la conciencia puede “tomar” y “observar” para considerarla en sus diversas facetas y decidir si es correcta o equivocada. Y aquello no pasó, que yo sepa, por mi conciencia. A menos que sí pasara y yo hubiera olvidado el momento. Quizá sí sopesé juiciosamente cada aspecto de esa “idea” y me pareció razonable y adecuada, y olvidé después haberlo hecho. Así de lábil es la identidad que vengo habitando. Aunque no era tanto la memoria como las piernas lo que me venía fallando.

III

Lo cierto es que una mañana, cuando pasó a despedirse, ya vestido para salir, ya habiéndonos saludado parcamente, como cada mañana, le dije a Sebastián, mi querido hijo, siempre tan circunspecto él, tan minucioso y correcto, y severo él como supongo que lo fui yo toda mi vida, que es de donde seguramente sacó él el modelo de su conducta -¿de dónde si no?: “Necesito que me hagas un favor”. Se detuvo, ya a punto de cerrar la puerta, y vi cómo pugnaba por contener la emergencia del gesto de sorpresa, o de alarma, en su cara siempre tan inexpresiva. Es que desde hacía ya mucho tiempo yo no le manifestaba deseo o interés alguno, por nada. “¿Qué es, papá?” preguntó, cauteloso ante la posibilidad de que, de una vez por todas, empezara yo a desvariar. “Quiero que pongas un aviso en el diario”. Clarito le vi en la mirada el alivio, la convicción de que me hundía yo definitivamente en la demencia senil.

“¿Qué aviso, papá?” preguntó, fingiéndose servicial y paciente. “Caballero añoso busca compañera sexual. Joven. No necesariamente fea ni bonita” le solté tranquilamente. No pudo contener una sonrisa. Una sonrisa bobona. Pensó que aquello era una broma que le hacía. Se sonrió, pues, por el chiste en sí, fingiéndose aliviado al ver que su padre renacía de sus cenizas, porque sin duda que el humor es siempre un signo de vitalidad. La sorpresa, el alivio y la sonrisa bobona le duraron lo que una pompa de jabón. “Nos vemos luego, papá” dijo, y enfiló como para cerrar la puerta y

desaparecer. “Hijo” llamé. Se detuvo otra vez, volvió a asomarse, paciente. “Es en serio” le dije. Quedó mirándome, otra vez sorprendido. Vi cómo la idea de que mi pedido iba en serio le permeaba lentamente el cerebro hasta coparlo.

Se quedó mirando mis ojos viejos, vidriosos, de color desvaído, la piel manchada y reseca de mi rostro de moribundo o casi. Me miraba como si hubiera en la vieja cama matrimonial de papá y mamá, misma en la que había sido concebido, un gran cocodrilo oceánico, o algún tipo de monstruo viscoso, alienígena y repugnante. La idea de que ya al borde de la tumba lo que papá quería era coger le parecía horrorosa, por supuesto, pero no tanto como para que en el fondo de su corazoncito no amaneciera un tenue regocijo: así pues, su odiado padre, sería incapaz de descender a la huesa con un mínimo de dignidad. Qué inesperado premio a su sometimiento al vínculo familiar, poder ahora ser testigo de mi derrumbamiento. En ese mismo instante, seguramente que empezó a disfrutar de su premio, deseando que durara por lo menos algunos meses para compensarlo por toda su obsecuencia.

Pensó, lo sé porque le di no sólo la vida, sino que también esa manera metódica y meticulosa de ser, que apenas llegado a la oficina llamaría a Quagliotti, nuestro médico de familia, y le plantearía el asunto. “Hablamos cuando vuelva” dijo finalmente. “No” le dije. “Te estoy pidiendo un favor. ¿O tengo que salir de la cama para realizar mi voluntad sin ayuda de nadie?”. No supo qué decir. No tenía huevos como para ignorar sin más mi ocurrencia, pura chifladura, e irse a trabajar. Su perpetuo gesto severo, más que carácter lo que reflejaba era la angustia perpetua que le causaba su falta de carácter. Lo sé. Yo era igual. “¿Podés hablar con tu padre de hombre a hombre?” insistí, implacable. No, no podía, pero sí podía bajarse de su actitud y someterse una vez más a mi voluntad.

“Caballero añoso necesita compañera sexual. Joven y no muy fea... ¿Era eso?” repitió, como tragando mierda o como quien pronuncia la peor de las blasfemias. “Ni muy linda” agregué. “De acuerdo. ¿Y doy el teléfono de casa?” preguntó resignado. “No. Abrí un mail”. “Te van a escribir mil furcias”. “Una va a ser la indicada” dije, y cerré los ojos, dando por concluida nuestra primera conversación mínimamente significativa en años.

Lo oí cerrar la puerta y ahí quedé, atontado, más sorprendido que él por mi ocurrencia y por sus previsibles consecuencias. Porque, y eso lo tuve clarito de inmediato y en todo momento, mi idea era perfectamente adecuada a mi situación, aunque no al estado catastrófico de mi cuerpo y de mi

alma. No me importaba. Iba detrás de mi último -pero quizá interminable- trago de vida, tan decidido como el perro perdiguero que corre en busca de sus perdices.

IV

Un par de días después, la espalda sobre almohadones y un notebook apoyado en la mesita de cama que utilizo para mis colaciones, empiezo a enterarme de la respuesta que tuvo mi aviso. Sebastián, devuelto al estado zombi, se preocupa de los detalles de mi comodidad. Me ha enseñado a utilizar el notebook y me ha puesto letra grande para facilitarme la lectura. Como es lógico, Quagliotti le ha dicho que me deje hacer lo que se me antoje. Al fin y al cabo son los últimos caprichos de un moribundo. Eso imaginan. Filomena me ha dejado a mano un pañuelo impregnado en agua de azahar para refrescarme la cara. “De viejo le vienen a gustar los juegos de niños” me

suelta con sorna al pasar. Para ella los ordenadores pequeños son para jugar los niños. Ni idea tiene de lo que se me ha antojado. Sebastián tuvo la decencia de no enterarla.

Ciento y pico de respuestas tuvo mi aviso. Naturalmente, uno tras otro, todos eran mails de mujeres de la vida. Fijan tarifas, detallan especialidades, e incluyen como muestra una foto en la que desnudas o casi ofrecen lo que tienen para vender en poses ridículamente estereotipadas. Cada vez más gente se prostituye. En tanto oficio, ya no genera estigma. Ya no es mal visto. Es sólo un oficio más que se ocupa del cuerpo. Fisioterapeutas, masajistas, entrenadores personales, enfermeros, cuidadores de ancianos, kinesiólogos, etc. La prostituta provee de orgasmos. No debe verse mal a quien simplemente provee uno entre tantos cuidados que necesita el cuerpo. ¿Cómo resolvería yo mi inesperada necesidad de mujer si no pudiera recurrir a una prostituta? Sebastián es una especie de idiota asexual. De ahí que este asunto le parezca lamentable, cosa que me comunicaba poniendo cara de culo. De todas maneras le parecía una buena manera de que yo reviente de una buena vez. ¿Para heredar? Ni eso. Cuando yo no esté va a seguir haciendo la misma vida que hace, o sea una imitación de la mía. Ya tiene mi cara, mi apellido, mi misma profesión y mi oficina, tendrá mi casa, mi limpiadora y mis dineros. Y yo ya no estaré para recordarle, sin decir palabra, lo sumiso y anodino que es.

Abro los mails y los cierro de inmediato. Ninguno me dice nada. Son todos iguales. Yo busco uno diferente. ¿En qué? No sé. Espero saberlo cuando lo encuentre. Pero no aparece, y la monotonía me va venciendo. Mis manos sarmentosas y lentas, pegadas al teclado, parecen grandes arañas blancas y sigilosas, arañas de arena. Cuando la modorra esta por vencerme me refresco la frente con Agua de Colonia. Huele bien. Es uno de los olores de Delia. La casa está igual a como la dejó. Olores incluidos. Pero nada me trae su recuerdo, no consigo tocar su recuerdo. Nunca pude. No con intensidad, no como vivencia. La recuerdo con menos intensidad que a otras personas que conocí y que también ya murieron, o que desaparecieron de mi vida. He quedado viudo ya de viejo, centinela puramente protocolar de su recuerdo. Pero a duras penas consigo que su rostro emerja más o menos nítido en mi memoria. Al principio pensé que era para protegerme del dolor, de la angustia de su ausencia. Pero en realidad nunca sentí el dolor, ni cerca. Y después pasaron los años y me resigné a no poder tocar su recuerdo.

Nos llevábamos bien. Nos respetábamos y estábamos acostumbrados a las pequeñas manías del otro. Pensábamos igual en todo, menos en la evaluación que hacíamos del devenir de nuestro hijo.

Yo quería tomar medidas para evitar que terminara de convertirse en el ser pusilánime y anodino que estaba en camino de ser. Pero ella me lo impedía. Terminantemente. Lo quería así, sumiso y pegado a ella. Di la batalla durante un tiempo y la perdí. Para ganarla hubiera tenido que hacer estallar el núcleo familiar. Olvidé el asunto. ¿Qué importa si hay en el mundo un pusilánime más o menos? Mi idea es que Delia me espera en aquel Más Allá remoto en el que los ya muertos esperan a los aún vivos. Volveremos a encontrarnos, sí, pero sin verdadera alegría, simplemente porque somos uno el destino del otro. Nuestro matrimonio continuará, ad aeternum. Ni sé ni quiero imaginar otra cosa.

Creo haber dormitado de a ratos, sin dejar de teclear para abrir y cerrar mails tan parecidos que me dejaban en la confusión. ¿Este ya lo abrí? Esta meretriz rolliza de rasgos indígenas ya la he visto antes. Llegué a la conclusión de que había quienes enviaban más de un mail, por supuesto. Sucedió cuando ya llevaba revisados más de la mitad. El sol que entra de tarde por la ventana del dormitorio comenzaba a declinar, avanzaba hacia el momento del saludo espléndido que me dedica justo antes de desaparecer detrás del edificio de enfrente, cuando alcanza un efímero estallido de luz en el espejo de la cómoda. Yo había abierto ese mail y por pura inercia —ya ni veía lo que había— lo volví a cerrar. Entonces fue el estallido de luz, que dura lo que dura un estallido, pero que bastó para despertarme. Y porque me despertó, en la melcocha de mi conciencia sonó la alarma.

“El mail que acabo de pasar no era como los demás, era diferente” pensé. Volví a abrirlo. Había una especie de foto de carnet de una mujer joven, de rasgos regulares, pómulos altos, quizá masculinos, y cabello lacio y oscuro. No posaba, tenía cara de nada, de foto de carnet. Vestía una blusa de cuello cerrado, con puntillas, y un saquito de lana. Imposible una foto menos provocativa. Imposible una foto que dijera o sugiriera menos. Debajo leí: “Mi nombre es Selma. Envíeme una foto suya”. No proponía tarifa alguna, sólo pedía una foto. Como si nuestro negocio dependiera de que ella me aceptara. O sea, parecía implicar que avenirse o no a satisfacer mis necesidades dependería de lo que le dijera, o no le dijera, de mi imagen, y no de que yo estuviera dispuesto a avenirme a su estipendio.

Era ella, sin duda alguna. Aquello borró toda la neblina que oscurecía mis entendederas. Me sentí despierto como nunca. Volví a mirar la foto y su rostro ya no me pareció inexpresivo sino francamente enigmático. En todo caso aquella era la inexpresividad de una divinidad severa, que escruta nuestras almas y decide nuestros destinos. Se me abrieron todas las ventanas y el mundo

resplandecía como si hubiera llovido después de una larga sequía. El mundo me convocaba, me requería, poniendo en marcha toda mi curiosidad y mi aletargada capacidad de desear que cosas imprevisibles y maravillosas sucedan. De pronto, por más planchado que estuviera en mi cama, la proporción se invertía: de pronto estaba bastante más vivo que muerto.

V

Era verano. En el dormitorio no hay aire acondicionado. Delia no lo quiso, decía que era dañino. El aire recalentado, atrapado en la penumbra del dormitorio, me pesaba sobre el cuerpo como una lápida. No tardé en pasar del éxtasis al sopor. Desperté por la mañana. Cuando Sebastián entró para despedirse le pedí que me sacara una foto. “¿Así, acostado?”. “Ayúdame a sentarme”. “¿Te

pongo los almohadones?”. “Y peiname”. Me queda poco pelo, pero bien acomodado no se ve tan mal. Traté de sonreír para la foto, pero tuve la sensación de que si forzaba la sonrisa se me partiría la cara como si fuera de porcelana. El resultado fue que más que a sonreír parecía como si fuese a llorar. “Te hago otra” propuso, solícito, mi querido hijo. “No. ¿Para qué? Es lo que hay. Mandámela al mail”.

Las fugacidades de Sebastián me dejan en la desazón. Un minuto para saludar al irse, otro para saludar al regresar. Y regresa a su cueva. Es todo lo que lo veo. Los fines de semana lee, repasa sus asuntos, va al teatro o a un concierto, sale a caminar por la rambla. Es lo que me cuenta Filomena. Ya tiene cuarenta años. Alguno más quizá. No tiene novia. “Tampoco tengo novio” me respondió, agresivo, alguna vez que se lo eché en cara. Por lo que sé de él podría haber sido cura, de los verdaderos, de los que no tienen sus cosas a escondidas, aunque no por virtud sino por falta de ganas. Parece más asexual que una piedra. Pero ¿y qué? ¿Acaso de niño, de muchacho vio alguna vez a sus progenitores cachondos, o por lo menos, mimosos? Todo fue perfecto en su educación, excepto la necesidad del abrazo. Y es que no se puede dar lo que no se tiene. Para mí el sexo, excepto en el momento del estallido hormonal, siempre fue algo básicamente repugnante, como comer. En ambos casos se los adorna para forzar el apetito, para vencer la repugnancia. Los alimentos apenas zafan del esófago son un mazacote asqueroso, y la cópula no es más que un miembro enervado soltando semen sobre unas mucosas.

Y sin embargo... heme aquí, emocionado y entusiasmado, enviando a una muchacha desconocida, de cara casi triste de tan seria, la foto que Sebastián descargó en mi notebook. ¿Para qué? Ni idea. Actué como si estuviera recibiendo instrucciones encriptadas cuyo cumplimiento no pasara ni por mi conciencia ni por mi voluntad. En fin... envié la foto sin comentario alguno. Decirle que la encuentro linda a partir de la expresión anodina que ofrece en su foto de carnet hubiera sonado por lo menos boludo.

Le pedí a Filomena que me abra la ventana, cosa que nunca. “Le va a entrar más calor” objetó. “Pero también un poco de ruido de mundo” argumenté, insólitamente locuaz. Me miró como si mis palabras fueran el síntoma de un claro agravamiento de mi condición. “A la vejez viruelas” se limitó a murmurar, y abrió la ventana. Sí entró un vaho de cemento recalentado, y un aroma de alquitrán derritiéndose, que me recordaron las calles secas y calientes de Montevideo en el verano. No le pedí que subiera la persiana porque pensé que el golpe de luz podría desmayarme. También entró

por la ventana abierta un poco de mundo: los ladridos histéricos de un perrito de apartamento, el llanto de un niño de apartamento, el frenazo de un bólido y, durante un rato largo, martillazos insistentes, obcecados sobre chapa de lata. De entre la maraña del mundo emergería Selma –hacía tiempo que no oía ese nombre–, que vendría a rescatarme, como el caballero que viene a rescatar a la doncella prisionera. Me invadió un dulce cosquilleo. De sólo imaginar el momento apreté el culo, como un niño aprieta un pomo para soltar un chijetazo. Estaba agrandado y optimista. A la vejez, viruelas.

Caí en otro bolsón de sopor, de atontamiento, de letargo, y no vi su respuesta sino dos días después. Eran dos frases. “Es raro esperar mail de un anciano” y “¿Cuándo quiere que nos veamos?”. La primera me dejó girando como un trompo. Era como si hubiera escrito: “Pensé que se había muerto”. Pero no, no había escrito eso, no había caído en la grosería. Justamente ahí estaba el detalle: en la sutileza, en la elegancia de la expresión que había empleado para decir algo rudo y crudo, para nada delicado. A la vez, la constatación que hacía, como si fuera una novedad para ella, me decía que era la primera vez que se relacionaba con un anciano. Y no solo eso: también me decía, veladamente, que tal eventualidad la tenía, digamos, ansiosa. Fui escribano toda mi vida, estoy acostumbrado a leer la letra chica.

La crudeza de Selma, por más disimulada que estuviera, me decepcionaba: era como una zancadilla para cualquier ensoñación romántica que me estuviera haciendo. Pero ¿me estaba haciendo alguna? No. Sólo quería zambullirme en esa cosa mujer que siempre me había dejado más bien indiferente y que ahora misteriosamente se me volvía necesaria. No buscaba ilusiones sino realidades y eso era lo que su mail me prometía. Por lo demás la información que me daba en unas pocas palabras iban colonizando mi mente. Eran pinceladas que empezaban a revelar un ser humano real y concreto. Me daban ganas de conocer la imagen completa.

La simple muchacha de barrio, mansa y callada, a la que las tristezas de la vida empujaban a debutar en el meretricio, de pronto abría la boca y se expresaba con una sutileza que se me antojaba insólita. Sus pocas palabras se perdían en el enigma a resolver como los restos de un naufragio se pierden en la inmensidad del océano. Me dispuse a responderle. Respiraba agitado. Me silbaba el pecho, me costaba respirar. Sentía el bombeo del corazón en todo el pecho, y en los brazos, y en el cuello. Sentí la cara caliente, como si tuviera fiebre. Aquello era una emoción, una

tormenta emocional en toda la regla, y podía hacerme mal. A mi edad, mal manejadas, las emociones matan.

Escribí: “Venga mañana a las tres de la tarde”. Agregué mi dirección. Lo mandé. Respiré hondo. Alivio inmediato. Estaba hecho. La suerte estaba echada. Quedé como anonadado. Cosas sucederían otra vez en mi vida: transacciones, comercios. Cosas del mundo. ¡Estaba vivo! Sin duda. Vivo una vez más.

Llamé a Sebastián por teléfono a la oficina –primerísima vez que lo hacía. Volvía a vivir, iniciaba una cuenta nueva de todo y de cada cosa. Le pedí, como quien pide un jarabe expectorante o una cajita de té verde, que me trajera Viagra y condones. Quedó callado digiriendo mi irrupción tan despacito como una boa digiere una liebre que se ha tragado entera. Suspiró finalmente: “¿Alguna vez tomaste Viagra?”. “No, pero sí usé condones” le respondí con el tono rudo y burlón que él conoce muy bien. “Voy a tener que consultarlo con Quagliotti” dijo, con un tonito burocráticamente conciliador y falsamente compungido que le conozco muy bien. Así es él: nunca enfrenta, finge arrugar y espera paciente el momento apropiado para cobrárselas. Teniéndome, en tanto viejo casi inválido, en sus manos, no podía no saborear las revanchas que la vida le ofrecía para compensarlo por las severidades y las impaciencias con que decoré su infancia. El infeliz no sabe lo que es criar un hijo. Ni lo sabrá al paso que va. A veces fantaseo que no ha tenido hijos para no darme nietos. Por mí, me importa tres pepinos, pero Delia lo sufrió. Y él sufría porque Delia sufría. Y el sufrimiento los unía más y más, como suele suceder entre los débiles.

“Habla con quien quieras. Si te da vergüenza pedir estas cosas en la farmacia decíle a Quagliotti que te haga recetas. Pero esta noche tráeme lo que te pido”. “¿O qué...?” supe que me preguntaba sin decir palabra, despectivo y cobarde. “Hasta luego” dijo y colgó, sin un sí ni un no, como para dejarme colgado de mis ansiedades de viejo verde. No esperaba, por cierto, que el Viagra me hiciera algún efecto. No creo en milagros, y menos en los milagros de la química. Ni esperaba, en realidad, llegar a presentar con qué llenar un condón. Quizá lo llamé y le pedí estos accesorios tan solo para alardear, para desafiarlo. Para venderle una mentira, así tuviera patas cortas: que el vejete claudicante está tanto o más vivo, y más potente, que él.

Por supuesto que me trajo lo que le pedí. Quagliotti le habrá dicho lo lógico. Que ya nada puede hacerme demasiado bien ni demasiado mal. Sólo que no estoy moribundo. Uno siente si lo está, supongo. Y yo no lo siento. Quizá lo parezco, porque a veces el pecho me suena como una matraca, y porque dormito o duermo todo el tiempo.

Aun antes de quedarme sin piernas, por consejo de Quagliotti, me hice construir en la ducha un banco de cemento, un saliente en la pared, recubierto de cerámica. Hacia mediodía, pasito a pasito el andador me llevó hasta el baño. Me desnudé y me senté bajo la ducha. El agua es la vida. Bajo el chorro potente me sentí como un salmón remontando la corriente del tiempo. Nada de Filomena pasándome la esponja en la cama, como quien lava un cadáver. Hoy, por lo menos, no.

Lo que no pude fue cagar. Cago seco, cago piedras. Desde detrás de la puerta del baño Filomena me oye quejarme y me advierte que no insista, que puedo lastimarme. Me afeité. Con la afeitadora eléctrica ya no puedo porque me deja la cara irritada durante horas. Con la navaja, y sin apuro. Después me eché perfume, de más. Nada de agua de azahares hoy. Un perfume viril, bronco. Añejado durante décadas en el botiquín del baño. Tan bronco que, dada la fragilidad de todos mis sistemas, incluido el olfativo, casi me voltea. Cuando salí del baño disfrazado de galán Filomena se quedó mirándome, sorprendida. Su mirada insistente me cayó pesada y se la sostuve, con cara de pocos amigos, hasta que aflojó y siguió ocupándose del dormitorio.

“Da gusto verlo preocupado por su aspecto” soltó en tono casual. “Esta tarde tengo visitas. A las tres viene una joven de nombre Selma. La hacés pasar aquí”. “¿La va a recibir en pijamas?”. “Eso no te incumbe”. En sus peores momentos la cháchara de Filomena puede ser tan insolente como interminable. No es que se imagine que es lo que no es en esta casa. Más bien es simplemente que cree que soy un viejo pendejo y que estoy a su cargo. No obstante, y gracias a Dios, en casos extremos sabe muy bien callarse la boca. Tragué con un buche de agua la pastilla de Viagra y me acosté a esperar que se produjera el acontecimiento.

VII

Selma llegó puntual. Los preparativos de la mañana me habían dejado exhausto. Después de tomar un caldo de verduras bastante aguado apenas podía permanecer despierto. Las cosas estaban allí y luego de pronto ya no estaban, para reaparecer, mortecinas, disolviéndose otra vez en la penumbra vaga del sueño. No oí sonar el timbre. Me despabilé sobresaltado cuando Filomena golpeó suavemente la puerta del dormitorio antes de abrirla para dejar paso a la muchacha.

Hela ahí. Una jirafa. Un metro noventa. Yo, al llegar a mi tope, llegué al metro ochenta y uno. Delgada. Huesuda. Las dos manazas sostienen contra el vientre la carterita, denotando ingenuidad y timidez. Viste como una sencilla muchacha de barrio obrero en día de paseo: una solera estampada con florecitas, sin mangas y apenas por encima de las rodillas. Para no rozar los dos metros calza chatitas. Nos quedamos callados, estudiándonos mutuamente. No menos ansioso y curioso el uno que el otro. Callado le decía: ¿vos sos la que pretende darme gusto?, y ella: ¿vos sos el vejete al que tengo que darle gusto? Muy despacito, como empujada por nuestro silencio, Filomena salió del dormitorio y cerró la puerta, pero no antes de lanzarme una mirada preocupada, como si temiera que aquella gigante intentara hacerme daño. A saber la razón que imaginaba para que aquella muchacha viniera a visitarme.

Inhibida, totalmente carente del savoir faire de su presunto métier, Selma parecía estar aspirando a un trabajo de doméstica. “Buenas tardes” dije con mi voz de vejete a punto de gargajo. “Buenas tardes” respondió, y su voz era grave, pero tímida y dulce. Yo estaba tan impresionado por el tamaño de aquella aparición que mirándola me pregunté cómo haría para manejarla, para hacer con ella algo acorde con la intención de aquel encuentro. Por un instante me dominó la impresión de que Selma era un travesti, un tipo torpemente disfrazado de mujer.

“Arrime esa silla y siéntese aquí cerca” le indiqué. Levantó la silla –de madera pesada- con facilidad y con cuidado, como quien aupara un crío, y con gracia, como si fuera a bailar un vals con la silla. Se sentó un poco más allá del alcance de mi mano, a la distancia justa, sosteniendo la cartera sobre las rodillas. Con sus fuertes manos en primer plano, noté que no tenía pintadas las uñas, tampoco las tenía mordidas, ni quemadas por la lejía. Así de cerca su cara larga se afeaba, se veía un poco caballuna, con una boca enorme y los ojos chiquitos, inofensivos. La miraba yo como quien pasa sin apuro las páginas de un bestiario, pero no se la veía incomodarse. Durita, atenta, inexpresiva, me miraba como si yo fuera el burócrata que la atiende en una oficina pública.

La última cosa que se me ocurría era disponer de su persona en tanto trabajadora sexual. Pero tampoco sentía ganas de sacármela de encima de inmediato. A saber cómo saldría de aquella auto-encerrona. Cerré los ojos. En el aire quieto del dormitorio me llegó su olor. Olía a mujer limpia. A bañada con jabón de olor. Cerrados los ojos sentía, para mi mayor sorpresa, con cuanta suavidad me invadía su formidable presencia. Y era una invasión benéfica, como la de la brisa cuando trae los olores del mar o de la floresta. Me deslicé fuera de mi conciencia y perdí un poco la noción del tiempo.

Abrí los ojos, sobresaltado, pensando que me había dormido mucho rato, y me encontré acunado en su mirada. Su mirada de mujer. Selma era una mujer. Me bañaba en su femineidad. Pensé que, si los supiera, encontraría absurdos mis pensamientos. Pero me equivocaba. En realidad, lo que su mirada me decía era que sabía perfectamente qué era lo que estaba pensando. “¿Selma es tu verdadero nombre?”. “Sí”. “No me hagas llamarte con un nombre falso. Para mí los nombres cuentan”. Sonrió su boca. Su voz sonaba como un riachuelo saltando entre las piedras, si se me permite la licencia poética. “Selma es mi verdadero nombre” dijo, y con este absurdo acuerdo sobre la cuestión del nombre –que es lo que menos importa en una puta- quedó sellado una especie de acuerdo general sobre la naturaleza indefinible de nuestra relación.

Me esforcé por pensar cosas sexuales con ella, que de eso, al fin y al cabo, se trataba su visita, pero me resultaban sencillamente inimaginables. Me pregunté qué vería ella al mirarme. Un viejo postrado, irrecuperable, terminal, un viejo en su lecho de muerte. ¿Soportaría la repugnancia de manipular una especie de pre-cadáver? ¿Comprendería que también este viejo podía desear el trato carnal, razón por la cual ella estaba aquí?

Decidí no tomar iniciativa alguna, forzarla a abandonar su pasividad y asumir la naturaleza de nuestro comercio. Siempre fui un profesional eficiente, y siempre fue para mí un valor superlativo el verdadero profesionalismo. Que ella se comportara como tal aunque aún no lo fuera cabalmente. Que solita evidenciara que comprendía que para que su visita fructificara en billetes de banco debería tomar la iniciativa y satisfacer mis expectativas. Pero tal actitud de mi parte chocaba con mi demanda de autenticidad en cuanto al nombre, porque para una profesional del sexo el seudónimo es, diría, obligatorio. Le pedía, pues, que fuera y no fuera. Tal la naturaleza confusa e indefinible bajo cuyo signo, insólitamente, parecía nacer nuestra relación.

VIII

Como si hubiera adivinado el matete en que me enredaba, dejó en el piso, a un lado de la silla, su cartera, cruzó las piernas y apoyando las manos sobre su rodilla dijo sencillamente, con dulzura de niñera: “Pídame lo que quiera”. Pero la voz se le estrangulaba un poco, denotando que no era para ella habitual decir algo por el estilo. Y como yo no le decía nada, agregó: “Aunque sea algo... indecente”, y las mejillas se le pusieron coloradas. Y como yo seguía sin respuesta, excepto babearme un poco, agregó aún: “Aunque sea algo... sucio, o... indigno”, y se puso bastante más colorada. Me conmovió la ingenuidad, casi la dulzura, con que, viéndome quizá perdido en la situación, me recordaba para qué había venido.

Respiré hondo, es decir, la respiré a fondo. Dejé que su olor a mujer honesta y limpia me calara los pulmones. Sus palabras me habían tocado: el cuerpo entero me cosquilleaba dulcemente, pero más intensa aún era la ternura y la curiosidad que inesperadamente sentía hacia ella. “No tenemos

apuro ¿verdad?” articulé dificultosamente. “No, no tenemos apuro” coincidió y una súbita sonrisa de su boca le partió la cara. Era tan plácido tenerla ahí, quietecita, como un gran animal doméstico volcando sobre mí su mansa presencia, que me sentí completamente en paz: más que postrado en mi lecho de muerte, meciéndome en una cuna. Y pensé, por primera vez, que más que prepararme para morir tenía que prepararme para vivir, que esa era la mayor de mis urgencias. Y que en realidad para eso Selma estaba aquí, no para hacer de puta sino para nutrir este, mi postrero renacer, con la leche de la bondad humana, de la que toda ella rezumaba.

Se me antojó que lo primero era atarla a mí, atarme a Selma, como quiera que fuera. “Mientras dure lo nuestro quiero que sólo me vea a mí” dije. Soy, o fui, como creo que ya dije, un escribano. Lo mío era dejar constancia, poner condiciones, prever hasta el detalle los modos de un acuerdo. “No tengo a nadie a quien ver más que a usted” dijo, involuntariamente enigmática, encogiéndose de hombros. Henos pues aquí en los juramentos de exclusividad de la adolescencia, recuperados. A cualquier precio. “Me sobra dinero. Es decir... ya no voy a poder gastar todo el dinero que amorrulé a lo largo de mi vida. Seré generoso con usted” declaré con mi voz de medio gargajo, pero tratando de sonar tan ceremonioso como me fuera posible. Tics del oficio. Mis palabras no la dejaron indiferente. Frunció el ceño, sus labios quisieron estirarse en una sonrisa, pero no pudieron, vi brillar en sus ojitos la incompreensión. “Yo creo que se equivoca. Yo sólo soy... vine porque...”. Se puso colorada como un tomate y se quedó sin palabras. Me puse nervioso, tuve un acceso de tos. Rápida me sirvió un vaso de agua de la que había sobre mi mesa de luz y me lo ofreció. Bebí. Me calmé. Respiré hondo. “No me diga nada ahora. Deje que las cosas pasen. El tiempo dirá. ¿De acuerdo?” le pedí. Asintió moviendo apenas la cabeza. Pero comprendí que con mis urgencias había logrado sólo perturbarla. Mi prometida generosidad le producía, quizá, desconfianza.

“Tome el sobre que está encima de la mesa de luz” le dije. Apenas tuvo que inclinarse hacia adelante para alcanzarlo. Su brazo interminable, telescópico se lo trajo con facilidad. “Mire dentro”. Lo hizo. Era mucho dinero. Me lo había hecho traer hacía meses, al comienzo de mi invalidez. Para mis gastos. ¿Cuáles gastos? Ni lo había tocado, por supuesto. Tampoco había sido mi idea dárselo de sopetón. Y sin embargo eso hice. Aparentemente algo en mí elaboraba estrategias extremistas que no pasaban por la supervisión de mi raciocinio. “Guárdese” le indiqué. Pero se quedó mirándome y lo que vi en su mirada es que había algo que realmente no conseguía comprender. ¿Qué no entendía? ¿Qué fuera demasiado dinero? ¿La preocupaba qué le pediría a cambio, algo atroz o delirante, algo malvado? Pero ¿qué puede pedir un pobre viejo postrado, casi

completamente carente de energía física? Entonces, para mi total sorpresa, comprendí. No era la cantidad de dinero que le daba, sino el hecho mismo de que le diera dinero. Como si ella hubiera venido porque sí, por nada, no ejerciendo el meretricio, no porque fuera una meretriz, sino para darme gusto y consuelo en la vejez, gratis, en una especie de apostolado. Como si me reprochara transformar un acto de profunda solidaridad humana en una transacción comercial. Me dejó pasmado mi presunto descubrimiento.

Entonces Selma, lentamente, sin apuro ninguno, como esperando una eventual contraorden, tomó su cartera y guardó dentro el sobre. Como si hubiera llegado a la conclusión de que si lo que yo necesitaba era esa transmutación de lo humano en mercantil, no estaba ella aquí para contradecirme ni para decepcionarme, sino para darme lo necesario para satisfacer mis necesidades –sexuales, como claramente establecía el aviso en el diario. No sé. Quizá todo aquello no fue sino imaginación mía, pura adolescente necesidad –el viejo es por segunda vez adolescente ¿y qué?- de romantizar la situación.

IX

Ya no veía a Selma como una inusual meretriz sino como al ángel bizarro, un poco loco y bastante feo, que venía a alegrar mis últimos días en el reino de este mundo. Yo la había buscado a ella, pero me parecía que también ella me había buscado a mí, para satisfacer su necesidad de apostolado. Era el momento en que algo genital debía suceder, de modo que Selma, meretriz angélica, meretriz

malgré soi, sintiera que se había ganado honestamente el dinerote que guardara en su cartera. Deseé algo pero que no implicara mi cuerpo, porque estaba seguro de que mi cuerpo no respondería a ningún estímulo. Algo que ella hiciera y que yo pudiera fingir satisfactorio, para cumplir con el protocolo, porque me sentía realmente agobiado. Algo genital y banal para que Selma desapareciera, se disolviera en el aire encerrado y espeso de mi dormitorio, donde quedaría flotando, invisible, a la espera de que volviera a convocarla. Tenía que pensar cómo vivir aquello, cómo acomodar el cuerpo y el alma para gozar aquello.

Entonces, como si mis pensamientos secretos se hubieran hecho voz en sus oídos, vino como en cámara lenta a arrodillarse junto a la cama, y como en cámara muy lenta se fue inclinando hasta que su aliento acarició mis labios. Se detuvo entonces, rozándome, como para permitirme que la rechazara. Respiré la brisa joven y vivificante que exhalaban sus labios. Después sacó la lengua y, lenta como una babosa, la pasó por mis labios secos, despellejados. Hisopo con agua bendita para el sediento de vida. Mis labios se separaron y ella deslizó dentro la lengua, apenas, hasta tocar los dientes. La saliva escurría de su boca hacia la mía. “Selma” susurré, pero puesto que evité cerrar los labios al hablar para no perderme una gota de la transfusión, su nombre sonó raro. “Selma, no Selva” me corrigió, marcando bien la diferencia. Y hecha la precisión apoyó toda su boca suavemente sobre la mía. Un beso de toda la boca, húmedo y fresco. Las puntas de su cabello me rozaban la frente. Era como si una gran medusa amorosa me envolviera, a manera de capullo fresco y transparente, en el que podría flotar en la inmensidad del mar. Su boca toda tomaba toda mi boca, y el ritmo marino de la devoración me fue empujando blandamente hacia la gran ola de placer que me levantó y luego me dejó caer en su abismo, interminablemente. Todo yo, desde las uñas de los pies hasta las peludas orejas, me aflojé por completo. Floté empujado por la delicia hasta que pude hacer pie otra vez en mi lecho de arena.

Abrí los ojos. Su cara a centímetros de la mía. Me mira a los ojos. Lo supe una vez más. Selma es un gran animal benéfico, terapéutico. Esperaba paciente a que yo regresara a la realidad, o sea a esa burbuja encantada en la que, extraños hacía no más de una hora, habitábamos ahora como para siempre. Cuando me tuvo ahí sonrió y respiró hondo, y había algo de contento, de satisfacción en su rostro, como el artista que se deleita en su habilidad y aprueba su propia obra. Se puso entonces de pie y recogió su carterita, y con la misma gracia leve de su cuerpo gigante, con el mismo giro como de paso de baile, devolvió la silla a su lugar. Se volvió hacia mí, constató que yo seguía en las nubes y susurró: “Usted me avisa”. Asentí moviendo apenas la cabeza. Y ese “Sí” era sí a todo: sí a

que existas, sí a que vengas a mí, sí a que me devuelvas a la vida, y más allá de la vida, al goce.

Imponente, casi tan alta como la puerta, la gigante me sonrió y me devolvió el “Sí” también con un movimiento de la cabeza, como para coincidir en que sí a todo, que estaba de acuerdo.

Al ratito Filomena entró al dormitorio para chequear si estaba bien, si necesitaba algo. Me hice el dormido. En el estado de embeleso en que había quedado, no quería interferencia alguna.

X

Ignoro cuántas veces vi a Selma durante el verano. De hecho no sé si la vi alguna vez, si realmente existió o fue parte del delirio de mi parsimoniosa moribundia. No era que estuviera yo en el dolor, ni en la certeza de que dejaría de funcionar por completo en cualquier momento. Más bien era como si flotara en la nada, ausente mi mente, y como si cada tanto tocara tierra, creyendo lapsos ínfimos las inmensidades de tiempo en que me había ausentado. Y a veces allí, mirándome con sus ojitos de animal manso y paciente, un poco asustado, estaba Selma. Obviamente que si estaba allí era porque yo la había convocado, aunque no recordara en absoluto haberlo hecho.

Siempre oí decir que al acercarse a la muerte se recupera con total precisión la memoria de la juventud y la de la infancia, hasta la de la primera infancia. No era lo que me sucedía a mí.

Cualquier pasado se me aparecía envuelto en brumas. Bloqueado el recurso al recuerdo y sin un futuro razonable por delante, sólo me quedaba ese presente intermitente, a medio camino entre la media luz y el apagón, al que me aferro como al borde de un precipicio. Me esfuerzo por detener, por rescatar esas migajas del tiempo, islas emergiendo de la niebla matutina para volver a hundirse en ella. Presente recordado o pura imaginación, no me importaba demasiado.

Selma es tan alta que arrodillada junto a mi cama tiene mi cuerpo tan cómodamente a la mano como sobre una mesa de operaciones. Con su lengua poderosa y con sus manos de amazona extrae música de mi piel, hace magia con mi cuerpo agotado. No me toca por debajo de la cintura, solo

accede al territorio al que la invito, espera a que sea yo el que se lo pida. Sus caricias me imantan hasta que la ola de placer me levanta y me sume en la delicia. ¿Hablamos? ¿Me habla? ¿Le hablo? ¿Qué le digo? ¿Qué secretos –que ignoro- extrae desde las napas más profundas, más intactas de mi ser? ¿Qué trama de complicidades, de entregas, de promesas incumplibles hemos ido anudando en las sesiones de devoración y vaciamiento cumplidas en las horas del mormazo y de la siesta en aquel mi último verano?

“Un almohadón” le digo. “¿Para qué?”. “Para tus rodillas”. “No necesito” dice con su voz grave y dulce, poderosa y femenina. “Dinero” le digo. Siempre hay un sobre con un fajo de billetes sobre mi mesa de luz. Filomena se ocupa. Le costó, pero terminó por aceptar la presencia de Selma y sus exagerados emolumentos como un tratamiento más, una terapia caprichosa, esotérica. Al moribundo, todo lo que quiera. Le doy mi tarjeta de crédito y retira efectivo en el Abitab. Sebastián, por su parte, se mantiene al margen y repuso el Viagra cuando se lo pedí. Lo tomo en realidad sin intención ni efecto alguno. De hecho ya no estoy moribundo. He pasado a mejor vida. A la vida letárgica del recién nacido. Selma es mi madre. Se abre la blusa. No lleva sostén. No necesita. Tiene el volumen de pechos de una adolescente, pero se inclina sobre mí hasta que tengo un pezón sobre los labios, rozándolos. Huele a cuerpo bueno, acariciante, amable. Rozándola con mis labios, con la punta de la lengua, oliéndola tan hondo como puedo, su piel me parece una especie de goma animal. Somos animales de goma, pienso. Me excito lamiendo el pezón con mi lengua reseca. Me parece como si fuera a morirme de sed lamiendo por fuera aquella ubre repleta de líquido vital. Experimento un anhelo intensísimo de que mane leche del pezón, y que humedezca mis papilas. “Dame leche” le pido con un gorgoteo denso en la garganta. “No puedo” dice como si le doliera no poder. “¿Por qué?”. “Tengo que estar embarazada” dice con un ronroneo denso como la miel. Hamaca el cuerpo para pasarme el pezón por toda la cara. Jadea suavemente. “Embarazate y dame leche” gorgoteo. Calla, se aquieta, pregunta cautelosa: “¿Querés que vaya y me embarace, y venga y te dé mi leche?”. Me pone otra vez el pezón en la boca. Lo recibo entre los labios, lo mordisqueo. Tardo en comprender el sentido de su pregunta. De pronto algo se abre en mi mente, algo que estaba cerrado. Un deseo inconcebible, e inconcebiblemente poderoso. “No” le digo con un suspiro apenas audible, estrangulado por la emoción. “Quiero que te embaraces conmigo”.

Todo fuera de lugar, comprendí. Todo en mi vida estuvo siempre fuera de lugar. Fue como una mala obra de teatro mal representada. Por eso olvido todo, por eso no puedo recordar. Pero ahora corrijo todo. He nacido otra vez, amo, seré padre. Tendremos una casa nueva. Mi hijo heredará de

mí la vida, y el producto de mi esfuerzo: mi dinero. Por primera vez la mano fuerte y ligera como un suspiro de Selma cruzó el ecuador de mi cuerpo deslizándose por debajo de la sábana. Su boca anémica, cariciosa y cosquilleante cubrió la mía remontándome, como a una cometa imperial, por encima de las nubes más altas. Su mano abre la bragueta del pijama y aterriza, ingrátida, sobre el gusano dormido. “Para que te dé mi leche tenés que darme la tuya” ronronea. “Hacé de mí lo que quieras, pero dame tu leche” respondí, colgando de un hilo. Masajea el exiguo largo del miembro aletargado, acuna el redondo relieve de los huevos invitándolos con delicados apretones a vaciarse, a proporcionar aquello sin lo cual, no. Entonces el milagro del Viagra sucede y tiene de pronto en su mano casi una erección. Su lengua llena mi boca. La chupo y la muerdo con ansiedad a punto de descontrolarse, y entonces no puedo más. La delicia se concentra en el miembro, me remonto un poco más, y más, y me dejo caer desde lo más alto. Su mano poderosa me exprime los huevos, como si con tan sencillo expediente pudiera extraer de mí mucho más.

He regresado a la carcasa vacía de mi cuerpo. Selma moja la yema de los dedos en las gotas de semen que he volcado sobre la piel de mi vientre. Jadea, excitada. Desnuda la flácida cabeza del miembro y la presiona con dos dedos para ver si gotea un poco más. Entonces se pone de pie, monumental a un lado de mi cama. Se huele los dedos, se levanta la falda, hace a un lado el calzón blanco y se hunde los dedos humectados en la fantástica grieta de su entrepierna. Al hacerlo acaba, con una especie de grito de guerra. Su vientre ondula para cogerse con los dedos impregnados. Acaba y acaba y acaba. No puedo con semejante visión. Desaparece todo como por arte de magia. Todo, mi débil conciencia incluida.

XI

Filomena, por supuesto, ha terminado por deducir de qué van las visitas de la gigante. A menos que el barriga fría de mi hijo le haya ido con el chisme. De manera que me mira con cara de oprobio y escándalo, de no poder creerlo. De mañana, cosa que nunca antes, sube las persianas ruidosamente y abre las cortinas. Todo su gesto grita –sin que medie palabra- que ya no se cree mis letargos de moribundo, que sabe que me he vuelto bestial y perezoso, que si tengo energía para copular con la gigante, también la tengo para salir de la cama, bañarme, vestirme y salir a la calle para ocuparme de cosas útiles como lo hacía el buen ciudadano que siempre fui. “Ni Delia me reprocharía tan drásticamente mis revividos furores adolescentes” pensaba yo. Y al pensarlo recordé que en realidad, en vida de Delia, cuando había algo para reprocharme Filomena se encargaba de hacerlo, no Delia. En su lecho de muerte Filomena le había prometido a Delia que cuidaría de mí. Estoy seguro de que, por mor de eficiencia, Filomena preferiría cuidar de mí en estado de coma y no en esta inesperada fase libertina.

De todas maneras yo no salía de la cama más que antes. El cuerpo no me sostenía. No me sentía tan mejorado físicamente como lo estaba espiritualmente. Sin el andador era como una marioneta a la que le hubieran cortado los hilos. Expediciones al baño eran lo máximo que seguía haciendo, en

las que me entretenía cuanto podía, dilatando en lo posible el regreso a la cama. La muda de pijama me esperaba para después de la ducha, y los coprolitos, tan duros que me desgarraban las entretelas, dejaban salpicada de sangre la taza. Cerraba la puerta del baño con llave -era mi último reducto-, a riesgo de que me diera el patatús y reventara en perfecta soledad.

Comía más, eso es cierto. No mucho, pero algo más. Cada vez que la convocaba Selma repetía la operación de drenarme y de insertarse los dedos impregnados. Yo me esfozaba por comer algo más, pensando que necesitaba recuperar la energía invertida en mis desfallecientes orgasmos, así como mejorar mi magra producción de semen. Me ilusionaba con ir ganando fuerzas, ir ganándole terreno a la muerte para que cada nueva sesión fuera más lograda y el goteo de mi miembro más abundante. Me imaginaba trepándome sobre la gigante para clavarle mi aguijón e inyectarle mi semen. Pensaba yo que si la panza le crecía me la traería a vivir a mi cápsula espacial, a mi nave, a mi lecho de muerte devenido lecho nupcial. Ya maduro el momento podría beber de sus tetitas devenidas tetazas, repletas de leche y miel. Mi hijo, al fin un hijo amoroso, y yo, prendidos uno de cada teta de la gigante, nos miraríamos a los ojos, locos de contentos, hipando y eructando, y diciéndonos con la mirada todo lo que un hijo y un padre tienen para decirse y que, a saber por qué, en esta vida real, en la que se vive y en la que se muere, un padre y un hijo no se dicen nunca.

“Hijo mío, Sebastián” le dije una de aquellas mañanas cuando vino a despedirse. Se dio vuelta para mirarme y vi toda la amargura que esconde bajo su máscara de corrección y eficiencia. “¿Por qué sos tan triste?” le reproché a quemarropa. Nótese que no le pregunté por qué estaba sino por qué era tan triste. “Sos un triste” es casi un insulto, una caracterización ofensiva, o por lo menos despectiva, digamos, para ser precisos. Encogió una mejilla como para denotar sonrisa, media sonrisa. “¿Estás loco? No soy triste” respondió, y sin más recogió el conjunto de su presencia y lo lanzó puertas afuera, sin dar lugar a más. “¡Qué pendejo!” pensé. “¡Qué pajero!”. ¡Cuán otra cosa va a ser el niño que tenga con Selma!

Así llegamos al ápice del verano. El aire se volvía más denso y más caliente. Como si el dictatum de Delia conservara total vigencia, en casa no se enciende ni ventiladores ni aire acondicionado. Sebastián se somete al régimen, es él que lo sostiene. Justifica su obsecuencia diciendo que ya chupa frío artificial todo el día en las oficinas. Filomena no acepta, protesta. Hubo que poner aire acondicionado en su habitáculo. Cada tanto se encierra un rato, para bajarse la temperatura, según dice. A mí me da igual. Es más, soy feliz en el calor. Me pareció comprender esta preferencia

cuando caí en cuenta de lo obvio: los primeros nueve meses de vida los pasamos flotando en un líquido cuya temperatura es, claro está, la temperatura interna del cuerpo humano, o sea: treinta y siete grados. En el aire caliente y denso floto como un bebé en el líquido amniótico, como el cosmonauta en su nave, como la medusa en el agua cálida del verano. Abro despacito una mano, después la otra, separo cuanto puedo los dedos de los pies, respiro lentamente, pero llenando a fondo los pulmones, me marea tanto aire, el susurro de mi respiración es como el de las aguas que me acunan, viajo sobre el lomo monstruoso del río que me lleva ineluctablemente hacia la vastedad, hacia el mar, que es el morir.

XII

Selma se presenta con una solerita verde cotorra, de hombros desnudos, y cortita, a medio muslo. Trae una carterita de plástico amarillo flúor que parece de juguete, como parecen de juguete sus grandes anteojos para sol con montura de plástico amarilla. Levanta un pie para mostrarme sus sandalias de un amarillo no menos vistoso. Selma gasta en sí misma por lo menos parte del dinero que se gana tan merecidamente. Me alegra, me satisface. “Te andarán detrás como moscas al dulce” le digo. Aunque en realidad, no creo que sea así. A la mayoría de los tipos les gustan las mujeres pequeñas, abarcables, manejables, golpeables, sometibles a puro físico, como si fueran

niñas. El atuendo de Selma sería un exitazo si ella midiera treinta centímetros menos. “Sí, es cierto, me andan detrás” dice para darme gusto. Realmente no me importa si le andan detrás, si liban de sus néctares, si se la cogen. Si ella lo disfruta está todo bien. ¿Por qué habría de negarle cosas que yo no puedo darle? Lo que en realidad quiero es que no me la quiten, que no me deje nunca. Y, por sobre todas las cosas, que me dé el hijo que, sin palabras, me ha prometido.

Pienso eso y siento la tentación de decírselo, como siento el deseo de ser con ella tan generoso como pueda, de darle cosas, de darle todo lo que haga mejor su vida. Como para que en su álbum figure también alguna foto mía. Como si leyera mis pensamientos Selma abre su carterita y saca un celular. “Lo compré por si llegaras a necesitarme con urgencia” dice. Y agrega: “Así que vos también vas a tener que comprarte un celular”. Me gusta cómo suena su voz, tan grave, cuando su gesto se aniña, cosa que me parece que sucede cada vez más a menudo. La gigante quiere ser mi pequeña. “Mirá” dice, acercándose la pantalla. “En mi lista de contactos sólo vas a estar vos, y el Centro donde trabajo”. “Es feo que en el celular de una niña tan linda como vos el único contacto sea un vejete como yo” opino, diciéndole a medias lo que no me atrevería a decirle del todo. “Pues así va a seguir siendo” afirma, incorruptible, jurándome fidelidad a su manera. “Hasta que yo me muera” pienso, completando lo que no llega a decirme.

“¿Qué es eso del Centro en el que trabajás?” le pregunto, cayendo en la cuenta de que en realidad no se de ella más que la maravilla que significa para mí. “Es un Centro de Protección de la Infancia. Trabajo lunes, miércoles y viernes”. “¿Y qué hacés ahí?”. “De todo. Lo que sea necesario”. No quise saber más, me prometí que pronto no trabajaría más allí. “¿Tenés familia?”. “No”. Tampoco quise saber más. Por mí podría haber nacido de un repollo. Lo único que me importaba era que existía, y que existía para mí. Se sienta en el piso, junto a la cama, coloca su cabeza sobre la almohada, junto a la mía. Levanta el celular devenido camarita y nos encuadra. Se da cuenta de que tiene puestas las gafas carnavalescas y se las quita. “Decí whisky” pide. “Whisky”. ¡C-lac! hace la camarita – coquetería retro imitando el chasquido que hacían las viejas cámaras de fotos al obturar. Me muestra la foto. No me veo tan mal. Podría ser peor. Hay un brillito en mi mirada. El moribundo y la doncella. Primer premio del concurso de fotografía del Hogar de Ancianos La Nueva Vida.

Se pone de pie. Siempre me apabulla su altura cuando la tengo muy cerca. Su cabeza se pierde en la penumbra de cerca del techo. Me siento Pulgarcito. Es mía, es enorme y es mía, me pertenece. Hace lo que quiero, y hoy estoy ¿cómo decirlo...? Morboso, esa es la palabra. “Sacate la bombacha”

le digo. Deposita la cartera en el piso y se saca la bombacha. Tiendo la mano, temblorosa. Deposita en mi mano la prenda. La huelo. Huele a jabón, a agua de Colonia, a limpio. Selma espera órdenes. Ha captado mi humor. Y quiere jugar. “Mostrame” digo. Con las dos manos levanta el frente del vestidito. Es un gesto infantil. Me muestra el ralo vellón, el triángulo más bien escueto. De pronto me siento al borde de comprender algo que ya sabía sin saberlo. Su gesto infantil me muestra lo oculto. Lo oculto es lo sagrado. Lo que sólo se exhibe extraordinariamente. Como los santos en las procesiones. En la vejez el cerebro debe de segregar algún tipo de auto-alucinógeno. Comprendo con virginal lucidez que lo que me muestra no es ningún detalle anatómico. Lo que me muestra, como bien lo supieron algunos exacerbados cultores de la femineidad, es un altar. O quizá el efecto de lucidez alucinógena me lo producen los efluvios que, más penetrantes cuanto más enjabonados, me llegan desde su entrepierna y me saturan las narinas. Olisqueo buscando que su olor me pegue más fuerte. Levanto cuanto puedo la cabeza de la almohada para acercar mi nariz a la fuente. Ella comprende mi esfuerzo y da un paso adelante para acercarme lo oculto revelado. Emerge entre mis labios mi exiguo y seco apéndice lingual ansioso por lamer la fuente. La acerca más. Ya casi la toco. Con una mano apoyada sobre mi nuca Selma me ayuda a tomar contacto. Hurgo entre los gruesos labios en busca de humedad, completamente embriagado por el olor del sexo. Pero ya no puedo más. No puedo mantener el esfuerzo y me aflojo, vuelvo a apoyar la cabeza sobre la almohada. No puedo decir que le haya chupado la concha -¡qué horror! con qué ligereza pronuncio estas palabras que nunca en mi vida he pronunciado, pero que sólo ahora descubro que son inevitables-, pero algo es algo. La ilusión de habérsela chupado es algo.

“Acercá la silla”. Obedece. Se sienta, con las rodillas bien apretadas, como si quisiera provocarme ansiedad escópica. La miro a los ojos. Me sonríe. Quiere seguir jugando. “Mostrámela” le digo. Lo hace. ¡Ah! Otra revelación. Al separarse las rodillas colosales para mostrarme lo que de más oculto tiene su cuerpo, he comprendido instantáneamente el sentido del cuento Ante la Ley, de Kafka, aquel que el docente de Derecho, hace tantas décadas, sometiera a nuestro asombro para que lo royéramos un buen rato sin provecho alguno. Y ahora, de pronto, seis décadas después, no sólo no lo he olvidado sino que lo entiendo. Esas famosas Puertas de la Ley que esperabas inútilmente que se abrieran, y frente a las cuales te alcanzó la muerte esperando, sin comprender que estaban abiertas, y que lo estaban sólo para ti, para que tú las cruzaras, esas puertas formidables son los muslos colosales, infranqueables de La Mujer, detrás de los cuales se esconde el misterio, lo oculto. Erótica kafkiana. Y ahora, ya en mi moribundia, las puertas se han abierto para mí. Helas aquí,

abiertas cuanto es posible, a punto de arrancarse los goznes, exhibiendo la divinidad que me estaba destinada. Los labios del sexo, pegados, dibujan un signo, una especie de firulete, de garabato, de arabesco, de signo de interrogación quizá, o algo así como una lengüita de fuego, pero congelada en su función de centinela del secreto. Se me escapa un sonoro suspiro de asombro, como el de Alí-Babá, extasiado, al entrar en la cueva del tesoro. Yo no sabía. No lo sabía. Viejo, arrugado, enclenque, inválido o casi, inútil o casi, vengo a descubrir que la mujer, todas las mujeres, Delia y Filomena incluidas, lo sepan o no lo sepan, les guste o no les guste, lo honren o no lo honren, son portadoras entre las piernas de un santuario, de una cripta, de un misterio con el que no pueden ni los obstetras, ni los profetas, ni los filósofos, ni los locos, ni los cuerdos, ni los que compran cualquier cosa a cualquier precio. Hubiera querido retroceder y no ver en aquello más que anatomía, porque ¿para qué quiero saber a mi edad algo que debí saber de niño, un saber con el que muy poco puedo hacer, aunque más no sea porque ya no me dan para nada las fuerzas, ni el tiempo? ¡Pero sí, de niño oscuramente yo sabía ese misterio, y fue la sensatez, al crecer, la que me hizo olvidarlo! Dios te bendiga, Selma, por recordármelo, aunque ya no me sirva de nada. ¿No me sirve de nada?

XIII

Con los dedos de sus dos manos Selma forma una especie de cortinilla con la que oculta su entrepierna, y luego, como si fuera un pase de magia, al retirar sus manos, deja ver cómo el signo de interrogación se diluye, cómo el firulete se abre como una flor carnosa, abisal, carnívora. Yo, caballero poderoso, saltaría sobre Selma, le atravesaría el alma con mi cimitarra y le abriría una

zanja a través de la cual le soltaría mi lava blanca directamente en el corazón. Deliro a punto de lanzarme sobre mi presa. Sólo que mi jadeo rasposo de vejete comienza a parecerse al murmullo de cantos rodados zarandeados en una criba. Al borde de la crisis de tos, o del estertor, lo que venga primero, más que a punto de desbordarme en una marea de lava seminal, lo estoy de ahogarme en un mar de flema.

Selma, implacable, se desliza en la silla para abrirse más, acercarse más, mostrarme más, oler más fuerte. Acaricia el canal brillante de humedad con dedos poderosos y delicados de citarista, pero a la vez morosos, como dubitativos. Haciéndolo me mira como esperando de mí un signo de aprobación, de que es esta indecencia, precisamente, lo que se me antoja. Con sus brazos interminables, como de pulpo, opera con total comodidad sobre sus partes, como si fueran manos ajenas. Me parece sentir sobre mi piel el cosquilleo de sus dedos. Como una lluvia de plumas o como una llovizna de primavera. Estuve ¿cuándo fue? desnudo en la llovizna, junto a un río, mirando deslizarse los camalotes. Masajea los labios de la vulva, tironea de ellos, me los muestra, se retuercen como culebras irritadas. Selma me transmite telepáticamente la delicia. Entre mis piernas también hay un hueco que pide ser colmado. Se lo digo. “Así siente una mujer” me dice con una voz sin sonido. Me hace sentir mujer, o imagino que me hace sentir mujer. Poco importa si lo uno o lo otro. Lo que importa es esta imantación repentina de una piel que creía ya muerta para cualquier placer más intenso que dormir la siesta.

Súbitamente, como por asalto, se colma, incrustando tres dedos en la hendidura. Aun transportada por la violenta emoción me mira otra vez, como si dudara de si es esto lo que quiero. Sólo han quedado fuera de la invasión, a manera de centinelas, el pulgar y el meñique. Se excava el cuerpo con tres dedos y gime. Excava con ahínco como si algo le picara en algún rincón inaccesible, o como si quisiera atrapar y extirpar un bicho furioso que la devorara por dentro, o como si estuviera alcanzando con la punta de los dedos lo intocable, lo que transporta, transmuta y enloquece. El cuerpo enorme de Selma atacado por su manaza es un espectáculo terrible. Sus gemidos se vuelven de angustia como si estuviera por alcanzar un clímax de puro dolor, terminal. Una dulce rigidez me invade el miembro. No lo puedo creer: tierna, frágil, pero dulcemente erecto. Selma me mira cada tanto como si necesitara comprobar la vigencia de la aprobación en mi mirada. Quisiera decirle que el milagro esperado se ha operado, pero no tengo voz. Selma aprieta las mandíbulas, parece querer arrancarse algo de dentro. Parece como si de pronto su mano fuera a emerger triunfante con una tripa sangrienta retorciéndose entre los dedos de hierro. Toco la rigidez, quiero mostrársela, para

que se lance sobre mi milagrito. Quiero la cópula con mi giganta, quiero pincharla con mi dedito rosado, infantil, para impregnarla allí donde pudiera concebir para mí un hijo verdadero.

Pero ni una gota de voz sale de mi garganta reseca y Selma, obstinada en su pelea a muerte, no le presta atención a la señal de que se detenga que intento con mi mano temblorosa. La mano clavada en su concha parece ahora un pajarraco que la devora por dentro picotazo tras picotazo. El pulgar y el meñique, estremecidos por la devoración, son las alas que a la bestia atascada, en su furia voraz, le han quedado fuera, para evitar que toda ella se abisme, que la carroña devorada termine por engullirla completamente. Los dedos de Selma me recuerdan las sombras chinescas que mi madre me hacía para dormirme. Oh, las sombras chinas, la dulce tibieza, la dulce tibieza del amor de mi madre... Después ya no sé nada, entro en delirio, y colapso en una especie de catalepsia erótica, hasta que siento los dedos de Selma extirpando el milagrito de dentro de mi pijama. “¡Ah!” la oigo extasiarse. “Pero si ya casi estás...” le dice. Y con dedos dulces, poderosos, maternos sostiene al milagrito y lo pajea delicadamente, en busca de un poco más de consistencia. Con la mejor de las intenciones, pero con los peores resultados, Selma lame, baña con lengua cariciosa todo el miembro, lo descapota y lo toma entre sus labios, tironeando dulcemente. No podría imaginar mayor ternura que la de su boca acunando mi miembro. “¡No!” alcanzo a decirle, pero ya es demasiado tarde. La delicia arremete y se vacía dentro de su boca. Selma sorbe y traga, soltando desde lo hondo del pecho gruñidos de sorpresa y de placer. Cuando ya no tiene más qué chupar, lo arroja. “Qué pícaro” le dice, sonriente. “En cuanto pudo, se aprovechó” lo reconviene, con su susurro grave y envolvente. “Pero yo quería...” digo, como un niño que protesta desde el entre sueño luego de un día colmado de maravillas. “Ya va a llegar, ya va a llegar...” consuela y promete, soltando besos ingrátos sobre mi rostro. “Por lo menos hoy te llevo dentro de mí” alcanzo a oír que argumenta. Sus manazas ligeras como gorriones recorren lentamente mi cuerpo alisando las sábanas. Pienso en otras manos grandes, fuertes que me arrojaron mientras me estoy durmiendo. Pero ¿cuándo, dónde? ¿Las manos de mi padre? No. Imposible. Él nunca... ¿O sí...? Quizá antes... O alguna vez...

s

XIV

Empecé a sentirme otra vez un hombre. Selma había abierto en mí una veta tardía -casi póstuma-, de vigor, de virilidad, valiera lo que valiera, de fertilidad quizá. No podía seguir tirado en la cama, apagándome un poco más cada día. Me sentí en la situación del que se está hundiendo en la profundidad azul del océano y de pronto reacciona, y nada hacia arriba, hacia la luz, hacia la vida. Al fin y al cabo, al empezar el derrumbe, de mi estado físico Quagliotti había dicho: “Las nanas que tenés no tienen por qué matarte. Si vos querés podés seguir adelante un buen rato”.

Antes que cualquier otra cosa tenía que volver a pararme, a caminar. Retomé la fisioterapia, contraté un masajista. Me obligué a alimentarme mejor. Quería sorprender a Selma la próxima vez que viniera. Pero al pararme me tambaleaba como si el piso se moviera. Filomena me miraba hacer mis esfuerzos con una mirada de desaprobación. “Además de pararse va a tener que crecer como veinte centímetros” murmuraba implacable mientras se disponía a cambiar la ropa de cama. Si no me hubiera hecho gracia la mordacidad de su humor, la hubiera despedido –cosa en realidad imposible, sacrílega después de treinta o cuarenta años de servicio. Filomena era como de la familia. Una especie de alter ego gruñón de Delia. De casa sólo saldría con los pies por delante.

Lento como un caracol rengo me acerqué a la ventana. Traté de subir la persiana, pero no me dieron las fuerzas, ni lejos. Filomena me sacó la cinta de las manos. “Déjeme a mí” ladró. Desde la altura del apartamento las copas de los árboles me impedían ver la calle, como desde la altura de la montaña las nubes bajas impiden ver el valle. El resplandor del mediodía me hería los ojos. De asomar afuera la cabeza, con ese aire caliente y duro no podría llenarme los pulmones, quemaría a su paso mis debilitadas entrañas. En realidad, vigorizado y todo, no dejaba de ser un muñequito de papel. Filomena, que veía lo vacilante de mis movimientos, se quedaba disimuladamente cerca de mí, por las dudas. A sus casi sesenta años seguía siendo fuerte como un estibador. En fin, no era la idea simular un estado físico que ya no tenía y que no volvería a tener. Me bastaba con estar en condiciones de recibirla de pie, vestido de calle, y caminar hacia ella para tomarle las manos. Era todo a lo que aspiraba.

XV

Al final de la tarde, muy compuesto y elegante, me senté en el living a esperar la llegada de Sebastián. Abrió la puerta y quedó como congelado. Como si en lugar de ver a su padre rescatado de su lecho de muerte, lo estuviera viendo muy compuesto, acicalado y elegante, bien preparado para la eternidad de los gusanos, en su ataúd. O como si yo hubiera muerto ya hace tiempo y al abrir la puerta se hubiera dado de bruces con mi fantasma, que volviera para pedirle cuentas. Le costó aterrizar y asumir que aquello era simplemente yo, o lo que quedara de mí.

“Qué alegría verte levantado, papá” dijo en un tono que no dejaba trasuntar ninguna alegría sino, más bien, lo contrario. Y después, apenas disimulando el odio infinito que ha incubado en su

corazón hacia mi persona: “Te falta el diario y la pipa y es como si hubiera retornado a los felices días de la infancia”. Tragué con dificultad un gargajo que me silbaba, atascado en la garganta. Yo creía haber sido un buen padre, fui severo con él, pero nunca violento. Él fue el que nunca me quiso. Le bastaba con su madre. En fin, ya no importaba. Nada le debía a nadie y nada iba a esperar de él más que ese goteo cotidiano de odio reconcentrado pero nunca desbordado.

Lo más lejos que se atrevía a ir Sebastián para declararme su odio era el tipo de cosa que me dijo después: “Ya que estás bien otra vez ¿qué te parece si nos vamos a la pizzería de la esquina a cenar unas figazzas?”. Como es cobarde no se atreve a desatar su odio. Se limita a aliviarse con ironías estúpidas, escupidas entre dientes. Sé muy bien lo que quiso decir con su invitación a la pizzería. Siempre pensó –avalado seguramente por Quagliotti- que estoy perfectamente bien de salud, que me metí en la cama porque me doy lástima y para darle lástima a los demás, a él especialmente, que de ninguna manera se va a dejar engañar y que va a seguir castigándome con su veneno en gotas mientras viva.

Eso creés, Sebastián, eso creés. No sospechás siquiera todavía, porque no te dan las luces, que en la furcia -furcia según vos- que, para tu vergüenza y tu desprecio, me visita, te ha surgido un rival formidable –y no sólo por la estatura. Selma, mi viril damisela, no sólo es el caballero que me defendería con su vida del dragón, que sos vos –me la imagino dándote vuelta la cara de un cachetazo, cosa que, por culpa de tu madre, desgraciadamente yo nunca hice cuando tendría que haberlo hecho-, Selma es, además, o será, de seguro, la madre de mi hijo perfecto, aquel a cuya sombra viviré hasta los ciento veinte años bíblicos, para verlo crecer y multiplicarse haciendo de mí un abuelo, y también para verte secarte, pudrirte y morir prematuramente.

He buscado en Internet comidas afrodisíacas y se las he encargado a Filomena que, no sabiendo de qué se trata, las ha encontrado excéntricas, aunque no escandalosas. Me las he comido a razón de una por día, así fuera hechas papilla para poder tragarlas. Hasta que recibí un mail de Selma. Me envía la foto que tomó de ambos. Mejilla contra mejilla, sonrientes, la gigantea y su caballero. Ya no soy ese vejete a punto de cadáver. Porque todo mi ser está ahora habitado por la esperanza. Me siento como una nave espacial repletada de combustible y pronta para despegar. El envío de Selma ¿significa “Te extraño, quiero verte”? ¿O: “Se me acabó el dinero, necesito verte”? Da igual. Para mí es lo mismo, no veo diferencia. Lo mío es suyo. Deme la gigantea lo que yo espero y mi generosidad para con ella no será menos que gigantesca.

XVI

Vino con un vestido blanco. Blanco como de bodas, de primera noche, de desfloración y de preñez. Es como una dulce aparición. La he esperado de pie en medio del dormitorio, azul oscuro el pantalón, un poco más claro en la guayabera. Como si hubiéramos comprendido, sin hablarlo, que hoy nos casábamos. Que mi lecho de muerte devendría tálamo nupcial. Tiemblo como una hoja en el viento cuando se me acerca. Por primera vez de pie uno frente al otro: ¡qué alta que es! Me lleva casi una cabeza. Puede levantarme en brazos y depositarme sobre el tálamo. Es enorme. Es la muralla que me protege de todo, y en primerísimo lugar, de la muerte.

“Selma” balbuceo, un poco temeroso de que la gane la emoción que leo en su rostro y que con un solo abrazo me rompa todos los huesos. “Vos sos el hombre del que, de ser maricón, me gustaría enamorarme” hubiera podido decirle, en pleno delirio, en caso de disponer de una honestidad bastante más radical que mi capacidad de ser honesto. “Querido, hoy es cuando” me dice la caricia grave de su voz y me sonrío con todo el rostro. Su voz resuena dulcemente en mis oídos, es su voz de retozo, su voz de dominar y disolver todos mis miedos, su voz de lluvia mansa y de tormenta desatada. Hoy es cuando: viene para recibirme en sus entrañas. Basta de ensayos, de jugueteos y del chisporroteo de la delicia, ahora viene la parte terrible. Es el día de impregnarla con mi ámbar y despertar en sus entrañas la furia de la vida.

No puedo fallarle, no voy a fallarle. Cierro los ojos y me arrebató una alucinación: la pongo en cuatro sobre el tálamo y me encajo en ella hasta golpear las puertas de su Cielo. Encajado en ella la tomo de las crines, relincha de gusto al sentir que mi potencia abre hasta las últimas puertas de su sancta sanctorum: las Puertas de la Ley, las puertas que me estaban destinadas y que solo habrían de abrirse para mí. Suenan las trompetas y se derrumban los muros de Jericó. Sus muslos se separan, los labios de su sexo se despegan, las puertas de su útero se abren para mí. Debo decir que, a riesgo de reventar, he tragado doble ración de Viagra. O me mata o me ayuda a conquistar

su cuerpo. Y no me importa si termino internado de urgencia. Habrá valido la pena si pude preñarla. A nadie consulté al duplicar la dosis. ¿Qué podría entender Quagliotti, que no es más que un médico, de lo que nos está pasando? Se limitaría a recetarme calmantes, duchas frías, camisa de fuerza. O me hubiera dicho: “Si querés un hijo de esa mujer no es necesario que mueras en el intento. Podemos hacérselo en un laboratorio”. No, gracias. Imagino el infierno minucioso, la despersonalización a la que se nos sometería con tal de conducir nuestro deseo al fracaso. No. Esto es entre Selma y yo, y si bien es cierto que a mí puede faltarme, lo que sea, también es cierto que a ella, lo que sea, le sobra.

Aterrizo en la realidad. Pongo mis manos quebradizas sobre la tela blanca que cubre sus pechos. Satén. Me falta el aliento. Ojalá que el momento supremo no acabe conmigo. Quiero llegar a ver estas tetas repletas de leche. Quiero beber de ellas. Me pongo solemne, en plan sacerdote que oficia los misterios de la Carne. “Carne de mi carne, sangre de mi sangre, alma de mi alma” digo, con apenas un hilito de voz, pero con mucho empaque. “No me hables así porque me pongo a llorar” protesta Selma, con su voz de macho afeminado, mientras me desabotona, sin apuro, la guayabera. “Qué lindo tu camisaco” dice. “Mi padre tenía uno” dice, informándome al pasar que no nació de la luz ni bajó de una estrella. Me desnuda como el valet desnuda al viejo aristócrata para que entre en la bañera. “Que Dios nos asista en este trance” mascullo, irónico. “Amén” susurra Selma, y como estoy tan flaco, al soltar el botón de la cintura, mi pantalón se desliza a mis pies. “¿Creés en Dios?” pregunta agachándose para bajarme el calzoncillo. Selma suena como una madre que le pregunta al hijo por las peripecias del día mientras lo prepara para dormir. Así hablará con nuestro hijo, a quien, me doy cuenta en ese momento, aun no le hemos puesto nombre. “Si” respondo, intuyendo que, a saber por qué, pero esa es la respuesta correcta. “Yo también” dice y se queda mirándome a los ojos, y veo su contento de saber que habitamos ambos la zona sagrada.

¿Habrá en el amor momento más bello que el del desnudamiento? Selma se da vuelta y hace su cabello a un lado para que yo deslice desde el cuello hasta la cintura el cierre que sostiene el vestido blanco sobre su cuerpo. Suelta el pelo y se queda inmóvil, esperando. Deslizo el vestido sobre sus hombros y lo dejo caer blandamente al piso. Se queda así, quietecita, dándome la espalda, en calzón y sostén blancos y sin puntillas. Su ropa interior tiene tan poca gracia como la de Delia, que aún está en los cajones de la cómoda. Siento que cada momento, cada gesto de este desnudamiento es un momento de un rito intemporal que se realiza una vez más, gozosamente, en nosotros. Con dedos no sólo torpes sino que, además, temblorosos, le suelto el sostén. Me pego a

su espalda y atrapo sus pechos. Los oprimo. Pone sus manos sobre las mías y aprieta más fuerte aún. Suspira profundamente y apoya suavemente su cuerpo contra el mío. Muy suavemente, para no voltearme.

Para bajarle la bombacha apoyo una rodilla en el piso, trabajosamente, y quedo por un momento con todo mi hocico contra sus nalgas. Sin pensarlo, de puro embriagado, hago lo impensado, lo impensable, lo jamás por mí imaginado: me insinúo, buscando con la jeta lo profundo del surco. Hurta el cuerpo, rehuyendo el beso. Me tiende la mano ayudándome a pararme. Henos, al fin, sin pompa y sin adornos, por primera vez desnudos. La súper hembra. Nadie mejor que ella para proteger a un crío. Y yo, enclenque, piel y huesos nomás, tan poca cosa como para que se olviden de venir a devorarme los tiburones del tiempo. Pero bello a sus ojos, fosforescente como un pez de las profundidades, bizarro como un deseo inconfesable: lo sé por cómo me mira. Hubiera querido, en mi desnudez, presentarme empalmado, en su homenaje. Pero no importa, lo sé sin que me lo diga: ella está loca por mí, y para ella soy fuerte como un roble y sabio como el Tata Dios.

XVII

Nos tendemos en el lecho, lado a lado. Le tomo la mano. Miramos en el techo las sombras oblicuas que pinta el sol de la tarde. Siento la cara caliente, debe de ser por el pelotazo de Viagra que me pegué. Laxos y silenciosos, flotamos fuera del tiempo. Recordé entonces la concepción de Sebastián. Delia estaba horriblemente nerviosa. Vivió todo el proceso, desde el primer intento –y fueron muchos- hasta el parto con el Jesús en la boca. Lo intentábamos una y otra vez, en el momento calculadamente adecuado, operando de la manera indicada, y no sucedía. Con cada fracaso más devota, Delia rezaba mientras lo intentábamos. Me entregaba las nalgas y se concentraba en pasar el rosario. Yo me irritaba cada vez más, me sentía impotente ante el misterio de la no concepción. Me acercaba, aunque no hubiera sido capaz de reconocerlo, a la violencia. Por indicación de la ginecóloga, después de recibir mi descarga Delia permanecía con el culo para arriba por lo menos media hora, para ayudar a que lo recibido llegara a su meta, y todo el tiempo cuchicheaba sus oraciones. “Hágase en mí según tu Voluntad” decía mil veces, rogando por la felicidad de quedar preñada. A mí copular en aquella posición no me hacía gracia. Delia quedaba sustituida por su culo. No teníamos diálogo. Ya no dialogaba con su esposo sino con Dios. Llegué a desear que Dios me hiciera a un lado y se ocupara personalmente del asunto. Los puntazos se los daba cada vez con menos sentimiento, y al eyacular cuerpo adentro no sentía más que lo que sentía al mear en el wáter. Tan es así que hacia el final de la epopeya me costaba entrar en erección. A espaldas de Delia me masturbaba para lograr la mínima tumefacción necesaria para la cópula. Como tardaba ya demasiado en alojar el miembro un día me preguntó: “¿Qué pasa?”. A lo que tuve el buen tono de contestarle: “Le estoy pidiendo a Dios que nos favorezca en el intento”. No volvió a preguntar y redobló sus oraciones.

Tomando a Selma de la mano me parecía que éramos dos niños a punto de iniciar una aventura prodigiosa. El techo se abriría, la cama se despegaría del piso y nos llevaría volando más allá de la luna. Selma se acomoda sobre el flanco y sus pechos se apoyan sobre mi brazo. Me besa. Huele a vainilla. ¿Puede ser, o alucino? Qué raro. A vainilla sabían los postres de mi madre. A vainilla o a

canela. No hacía postres a menudo. Sólo los necesarios como para que siempre estuviéramos deseando que los hiciera. La lengua de Selma me acaricia los labios, los dientes. Me pone en órbita. Deposita entonces su mano abierta sobre mi miembro, liviana como un pajarito, acariciante como la brisa. Apenas me roza, como si fuera un pase de magia. ¿Podrá su magia con mi ausencia de energía? ¿Alcanzará con mi deseo de Vida para que su magia obre?

Los labios de Selma se deslizan sobre mi cuerpo, ligeros como una sombra. Atrapa el miembro con su boca. ¿Mamará otra vez de mí? No debe suceder si es que quiero mamar de ella.

Inesperadamente mi cuerpo ondula. ¿De dónde sale la energía que lo hace ondular? Me la estoy cogiendo por la boca. Quiere mi leche en su boca como yo quiero la suya en la mía. Suelta gruñidos deliciosos de aprobación y maravilla cada vez que con el pubis empuja contra sus labios. Y es que, y así me lo hace notar con un dulce tironeo con el que remata cada ondulación, mi miembro se despereza, tumefacto ya, no rígido aún pero a punto de estarlo. Entonces se lo saca de la boca y lo masturba, despacito. Su mano cubre todo mi largo y sobra. Lame la cabeza cuando la desnuda. La cosquilla me gana con velocidad ¡oh, cuán meteórica! No sé si voy a poder contenerla cuando llegue a la cima. Levanto el cuello para mirar mi vientre. Selma me sonríe. Me muestra en la palma de la mano abierta el dedo increíblemente largo y rosado que me ha crecido en el pubis. No recuerdo esa dimensión. Me parece increíble, milagroso, pero lo que quiero es lanzar el alerta, decirle que ya basta, que es ahora o nunca, pero no consigo lanzar las palabras fuera de mi garganta reseca.

No hizo falta. Ágil como una gran pantera Selma monta sobre mi cuerpo. Lee en mi gesto defensivo que temo que me aplaste. “No te preocupes, no peso nada”, susurra con voz de violadora melosa, y mientras con una mano separa los labios de su sexo, con la otra inserta el Divino Dedo justo ahí donde lo necesitamos. Con una habilidad que nada sabe de la torpeza de los cuerpos, me tiene todo dentro sin llegar a apoyarse sobre mi vientre. Este es, pues, el gran momento: la Cópula. Nuestra Cópula. Estoy perfectamente rígido e inserto en su cuerpo aquiescente y abierto. ¡Estoy cogiéndola! ¡Es mía! ¡Que se detenga el tiempo para siempre! ¡Ahora, ahora! El rostro de Selma flota sobre el mío, en sus ojos veo la perfecta beatitud, la perfecta calma que solo puede preceder a la concepción del ser perfecto. Un hilo de baba se desprende de sus labios y llega a tocar los míos antes de cortarse. De la misma manera el chijetazo de semen va a soltarse de la boquita del glande y va a abrirse paso útero adentro. Dios así lo quiera y nos bendiga.

El cuerpo de Selma ondula delicadamente cogiéndome. Sus pezones rozan mis labios cada vez que golpeo con la pija las puertas de su Cielo. Quiero atrapar el pezón y morderlo, y a la vez soltar lo mío, pero el juego continúa, como fascinado por su propia perfección: ya no temo acabar de inmediato. Recuerdo que con el Viagra el orgasmo se retrasa. Será eso. Enhorabuena, si es que no me mata. Selma es el mar, me cubre y se retira como las olas. El mar. La muerte. Detiene el vaivén. Hunde mi modesto homenaje dentro de sí tanto como puede sin llegar a pesar sobre mi vientre. Atrapo el pezón. Muerdo. Alucino que segrega una especie de miel, muy pero muy dulce. Hemos alcanzado la Ondulación Perfecta, la que no cesa, la que se retroalimenta al infinito. Yo no sabía que podía ser posible una cosa así. Hemos caído fuera del tiempo. En nuestra cámara nupcial, en nuestra cápsula cósmica, en nuestro viaje a los orígenes del Ser hemos atrapado esta luz oblicua y tan dorada, de justo antes del atardecer, y habitamos esta ondulación en la que las dos delicias se relanzan mutuamente, al infinito, sin escalas. Nada puede sucedernos. Estamos a salvo de todo.

Comprendo, pues, lo que debí adivinar desde el comienzo: Selma no es una prostituta, ni es el ángel guardián de los vejetes libidinosos, es una bruja, una hechicera. Sus oficios me han sido concedidos, como premio o como castigo, eso no sabría decirlo ahora. Hemos aquí, colgados de un goce tan perfecto como el ir y venir de un péndulo, para siempre. El vuelo de la cápsula nupcial nos ha puesto a salvo de todas las contingencias y miserias de este mundo, en el que ella es una sencilla muchacha de barrio obrero aquejada de gigantismo y yo soy un vejete clasemediero a punto de estirar la pata. Nos ha llevado al mundo en el que es posible la concepción perfecta. Debemos invocar el final de la ondulación, el advenimiento de la luz, la impregnación, la concepción del hijo verdadero. Quiero que esta unión sublime dure para siempre.

De pronto Selma canta. Canta una melodía dulce, a la vez desesperada y llena de esperanza, la canción de la vida que, esta vez en su cuerpo de mujer, reinicia una vez más su ciclo. Entonces me vacié en la humedad cálida de sus entrañas, con un chorro de semental, tan abundante que me sorprendió, tanto como me sorprendió el tamaño que alcanzó mi miembro al estallar. Y si es cierto, como dicen, que la mujer siente el momento exacto en que es preñada, no menos cierto es que yo sentí, sin el menor lugar a dudas, el momento en que Selma quedó preñada. No lo sentí en mis entrañas, como ella, pero no lo sentí con menos evidencia.

XVIII

Como si en el mismo momento en que se encendió la nueva vida hubiera comenzado a devorarle sus energías, Selma se derrumbó a mi lado y se durmió de inmediato. Durmió profundamente, entregada a la indefensión, como puede estarlo, después del amor, una mujer junto a su hombre. Su brazo pesaba ¡y cómo! sobre mi pecho, sus muslos calentaban los míos, fríos aún en esta tarde de verano, sus pies -¡ah, pero qué bellos pies!- me servían de escabel con el que me alzaba por encima de todas las cosas de este mundo. Pero era sobre todo su aliento en mi mejilla lo que me daba la dimensión de música del alma en la que me acunaba su enorme cuerpo. Este hálito era la vida misma que ella había aceptado compartir –que ya mismo estaba compartiendo en lo más hondo de sí- con nuestro principito, con el heredero de nuestro loco amor, con el hijo verdadero.

Cuando desperté ya había caído, con fastuosa lentitud, la noche veraniega. La brisa del mar movía las cortinas del dormitorio y traía olor a mar. ¡Cuánto tiempo hace que no veo el mar! Ganas me vinieron de ir ahora mismo con Selma a que las olas nos mojaran los pies, a manera de bendición para el niño aún no nacido. Sebastián regresó a casa e intentó abrir la puerta de mi dormitorio, a la que Selma había pasado llave, por supuesto. Cuchicheaba discutiendo con Filomena, que de seguro le explicaba que la mujer, Selma, estaba todavía conmigo. Sigilosamente, suponiéndome todavía dormido, Selma se deslizó fuera del lecho. Me cubrió con una sábana, se vistió, recogió el sobre del dinero. Me dolía que nos separáramos habiendo alcanzado la unión perfecta. “Mi amor...” dije. “Dormí, ya me voy” susurró inclinándose sobre mí. “¿Compraste el celular?” preguntó. “Me olvidé...” balbuceé. “Hacelo, me cuesta mucho estar tantos días sin que hablemos” dijo. “Te dejo mi número aquí en la mesa de luz”. “No es necesario. Vamos a vivir juntos. Pronto. Ahora” dije. Nunca me equivoqué tanto con tan pocas palabras. Ni lo uno ni lo otro resultó cierto. Su boca anémona envolvió la mía. Y se fue. Aún hoy, ahora, en este mismo momento, me hiere, me duele sin resignación alguna decir que no volví a verla.

Seguramente que al abrir la puerta del dormitorio se encontró con Filomena, sentada en una silla – nunca vi a Filomena sentada en un sillón-, quizá cosiendo, esperándola para abrirle la puerta del apartamento y para acompañarla hasta abajo, porque a esa hora la puerta de calle seguramente ya estaba cerrada. Se me antoja pensar, me consuelo pensando, que Filomena la despidió con una sonrisa medida pero amable, que quizá hasta le dijo un par de palabras cálidas, porque Filomena es por sobre todas las cosas un ser intuitivo y pragmático, y no me extrañaría que hubiera empezado a considerar a la gigante como la próxima señora de la casa. Me consuela pero apenas, tenuemente, pensar que ese hipotético par de palabras amables, de acogida, fueron lo último –junto con su flamante preñez- que Selma se llevó de mi casa.

XIX

“Ya está. Está hecho” me repetía a cada rato, encandilado por la certeza innegociable de una Concepción ni un punto menos que milagrosa. ¿A qué maravillas podía no estar destinado un ser surgido de una unión tan improbable como deslumbradoramente cierta? El hijo del moribundo y la gigante ¿qué no podría llegar a ser? Podría ser tranquilamente el mismísimo Mesías redivivo. “Lo hicimos” me decía a cada rato, y no pensaba más que en zafar definitivamente de aquella cama en que anidara mi muerte. Pero tendría que ser poco a poco, paso a paso. Empecé por levantarme temprano, con el primer rayo de sol. Nada de boquear en el estupor, planchado en la cama hasta

cualquier hora. Aseado y vestido, con un bastón por único apoyo, me apersonaba en la cocina y me sentaba a la mesa a esperar mi desayuno, un rato largo antes de la hora en que Sebastián desayunaba. “Más tira un par de tetas que una punta de bueyes” murmuraba Filomena, no sin sorna, pero sin duda que contenta con el resultado de mi capricho senil.

Mientras ella me calentaba la leche yo encendía la pequeña radio que tiene en la cocina y un chorro de las torpezas, las maldades y las trivialidades del mundo inundaba la mañana. Sí, el mundo estaba allí, tan mezquino y tan estúpido como siempre, y yo estaba contento de regresar a él. Con mis planes. Porque tenía claritos mis planes, por supuesto. En primer lugar: viviría con Selma. Esperaríamos juntos el Advenimiento. Sentía –y no puedo decirlo con mayor sencillez- que para mí la vida comenzaba otra vez. No re-comenzaba, como si hubiera habido una pausa y retomara. No. Comenzaba otra vez. De cero. Sin duda que en mí se cumpliría el plazo mítico de los ciento veinte años de vida. Vería crecer a mí hijo y de él recibiría, ahora sí, todo el tributo de amor que merece un padre. Lo vería realizarse en la vida, en su propio camino, y gozaría de sus hijos, mis nietos. Gigantitos todos ellos, imaginaba con una sonrisa de oreja a oreja.

Selma se vendría a vivir con nosotros. Filomena, por supuesto, nos sería imprescindible, especialmente ahora que, imaginaba yo, había entrado en buena sintonía con su futura patrona. Sebastián se quedaría, siempre que se comportara. Un buen padre siempre tiene lugar en su casa, aún para un mal hijo. El apartamento es grande, es enorme, digno de una giganta. Tiene cuatro dormitorios, uno de ellos acondicionado para biblioteca y escritorio, una cocina-comedor, un comedor grande, el living, y una salita de estar para el televisor, tiene dos baños completos y además el dormitorio con baño propio que ocupa Filomena. Selma y yo comenzaríamos de inmediato a preparar el dormitorio del pequeño, o la pequeña, apenas sepamos su sexo. ¿Cómo se llamaría en un caso o el otro? Como Selma quisiera, por supuesto.

Sí, el apartamento era enorme. Sin tener en cuenta que, como habíamos pensado con Delia al comprarlo, estaba también la eventualidad de comprar el apartamento vecino, de quedarnos con todo el piso, unificando el espacio con sólo derribar la pared del living. Entonces sí que el apartamento adquiriría dimensiones olímpicas, acordes a la naturaleza sobrenatural de la felicidad que vendría a cobijar. Dinero para hacerlo no sería lo que me faltara. ¡Con cuánto entusiasmo me puse a hacer planes para el futuro! De pronto el pasado quedaba abolido definitivamente, el presente huía de debajo de mis pies y sólo había, sólo era real, sólo contaba el futuro, nuestro

maravilloso futuro. ¡Aleluya! Ya sólo por inyectar aquel momento de ilusión incontenible en los helados abismos de la vejez, valía la pena haber encontrado aquel mail de Selma ofreciendo sus servicios. Sus “servicios” eran la luz de mis ojos y el calor de mi alma. “¡Qué pingo loco la vida!” pensaba, ya pasado de rosca. “Pero sólo sentir sus sacudidas, toda su potencia y su rebeldía, ya eso cuenta, y sin eso nada vale la pena”.

XX

Una semana más tarde, ya establecidas mis nuevas rutinas y concientizándome para salir –del brazo de Filomena- a la calle, hasta la esquina, para comprar el diario, llegó el mail de Selma. Era un selfie, como dicen ahora. Sus ojitos me sonreían, su bocota me sonreía, y sus dedos me mostraban una especie de tableta, parecida por la forma y el tamaño a una lima de uñas, pero coloreada. Evidentemente que Selma imaginaba que yo sabía qué era, o qué significaba aquello. No lo sabía, pero lo adiviné. Con la voz ahogada por la alegría llamé a Filomena. Le señalé la pantalla del laptop. Se inclinó, miró y soltó de inmediato un grito de sorpresa y de alegría. “No me lo creo, no me lo creo” decía, y me abrazó, fuera de sí, aplastándome las narices contra los perfumes de cocinera que llevaba en el delantal. Comprendí entonces que, tal y como yo, y como yo sin decirlo, Filomena había estado esperando que el curso natural de las cosas trajera –vía Sebastián, por supuesto- un niño a la casa. Pero venía a resultar que mi matrimonio de viejo no era menos “curso natural de las cosas”, dada la ya, a estas alturas, improbable paternidad de Sebastián. “A tejer calcetines, Filomena” ordené, retomando para mí el cetro de hombre de la casa. “Volvió la alegría al hogar” proclamé llenándome la boca. “Y que no pueda verlo la señora Delia, que tanto lo deseaba...” explotó Filomena, ingenua e inoportuna. Delia, por cierto, esperó siempre un bebé en la casa, pero no mío, obviamente. “Imaginate nomás, Filomena, más que feliz hubiera estado la finada...” ironicé. “No haga bromas. Hay cosas con las que no se bromea. ¡Y agradezca el milagro de ser padre tan viejo, con el que Dios quiso seguramente premiarle por sus méritos, como hizo nada menos que con Abraham!” terminó advirtiéndome, y sacudiendo uno de sus regordetos índices delante de mis narices. ¿Qué puedo decir de aquellos días felices? La felicidad puso alas en mis pies y fuego en mi corazón. ¡Vade retro, Thanatos! Marcha atrás. Finita la moribundia.

La reacción de Sebastián –apenas llegado se enteró por Filomena- fue del todo diferente. No dijo ni una palabra. Se llevó el asunto a su cueva para roerlo bien roído, bien aderezado con perplejidad y con furia. Fue por la mañana, al despedirse, que soltó el veneno. “Yo sabía que, más tarde o más temprano, se te iba a terminar de caer la careta e ibas a mostrar tu verdadera naturaleza” dijo, con palabras ya frías de tan rumiadas toda la noche. Y agregó, melodramático: “¿Qué otra cosa podías hacer con la santísima memoria de mi madre más que arrastrarla por el barro? No la mereciste de viva, menos la merecés de muerta”. Y dio el portazo –metafóricamente hablando, por supuesto, porque Sebastián es incapaz de golpear una puerta. Mi felicidad fue la excusa perfecta para que exteriorizara por completo lo que siempre pensó de mí y nunca se atrevió a verbalizar. Deseé lo que nunca un padre debiera desear a su hijo, que se muriera. Que se clavara su propio aguijón y se muriera intoxicado con su propio veneno. Alguna vez me importó lo que fuera de él, pero fue hace mucho tiempo. Su existencia no hacía sino recordarme el peor de mis fracasos, el peor de los fracasos que puede padecer un hombre. Aunque ya no me importaba: el hijo verdadero estaba en camino. Pero la reacción de Sebastián me hizo evidente algo esencial. Mis planes para habitar todos juntos esta casa estaban equivocados. Porque si yo les llegara a faltar no sé de qué no sería capaz Sebastián, teniéndolos a su merced, en su odio y en su deseo infinito de venganza. Y echarlo a él de esta casa sería iniciar una batalla interminable y desgastante. Mejor dejársela. Tendríamos que huir de nuestros enemigos, como la Sagrada Familia. Tendríamos que encontrar nuestro Belén. Filomena vendría con nosotros, por supuesto. El dinero que acumulé, si nunca me sirvió para otra cosa, ahora nos protegería.

Manos a la obra. ¡Pero antes que nada tenía que responder el mail de Selma! Con tanta algarabía había olvidado escribirle, como si ella fuera a enterarse por telepatía de mi felicidad. Así son los enamorados, imaginan que no necesitan abrir la boca y hablar para que el otro sepa lo que piensan. La llamaría a su celular. Recordé que me dijo que me dejaba anotado su número de celular, sobre la mesa de luz. Pero no estaba. Le pregunté a Filomena si lo había tomado, y respondió que no. Le pedí que se fijara en el piso, debajo de la mesa de luz, y debajo de la cama, pero no estaba. Le pediría por mail que me lo repitiera. Nervioso abrí el laptop. ¿Cómo pude no escribirle de inmediato para hacerla sentirse tranquila y segura de nuestra relación? Esa seguridad es lo primero que necesita una mujer cuando siente que abriga en su ser el ser del hijo. Nos casaríamos de inmediato para que Selma tuviera ya mismo libre acceso a mis bienes. A mi edad, aunque tenía prometidos los ciento veinte, cualquier cosa puede pasar. Y ella tenía que estar en condiciones de defender mi

semilla, en cualquier circunstancia y de lo que fuera. Pero, cosa que nunca había sucedido, mi computadora no podía conectarse con Internet. Lo intenté una y otra vez, nervioso y maldiciendo. El módem, instalado en la sala de estar, parecía funcionar normalmente. Fui a la biblioteca, donde Sebastián tenía su computadora y la encendí. Pero tampoco tenía conexión. Me puse mal, muy nervioso, temblaba de impotencia. Di, naturalmente, en pensar que Sebastián buscaba aislarme, impedirme la comunicación con Selma. De seguro que él había encontrado el número de teléfono y se lo había guardado, él había tomado medidas para impedir la comunicación por mail. Me costaba respirar, la sangre golpeaba en mis sienes como un torrente incontrolable, tuve que sentarme porque me mareaba. Tenía que hacerle llegar aunque sólo fuera unas pocas palabras, firmes, viriles, las que una mujer necesita en esos momentos. Pocas palabras: “Nos casamos, estoy ocupándome de todo”. Bastaría eso. Mi giganta no podía quedar sometida al aura ponzoñosa de Sebastián ni un solo día. Le encargaría a la mejor inmobiliaria que nos busque un apartamento, grande como este, lo más lejos posible de este. Si fuera necesario, en otra ciudad. Traté de llamar a Filomena, pero mi garganta era un bloque duro, inútil. Intenté pararme, pero mis flacas piernas otra vez no me sostenían, no me sostuvieron. Caí lenta, blandamente al piso.

XXI

Fue como si hubiera atrapado una fiebre tropical. Durante todo el día cuando no estaba embotado, incapaz de hilar pensamiento alguno, estaba sumido en una especie de delirio en el que los peores peligros se cernían sobre mí, sobre Selma y sobre el hijo apenas concebido. No tenía fuerzas ni para llevarme una cuchara de sopa a la boca, muchos menos para pararme y caminar. Me hacía encima y Filomena me limpiaba. Me puso pañales. Quagliotti, Sebastián, Filomena circulaban en torno al lecho, me manipulaban como si ya fuera un fiambre, hablaban de mí como si no pudiera oírlos. Quagliotti es retacón y ancho como una puerta, y camina con pasitos cortos, hamacándose como un pingüino. Su silueta siempre me pareció vagamente chistosa, ahora me parecía siniestra.

En raros momentos de lucidez pensaba en hablarle al oído a Filomena, en confiarle mis temores y mis planes, y en pedirle su ayuda. Pero ¿podía confiar en ella? ¿Podía confiar en ponerla del lado de este esperpento a punto de la claudicación final, y contra el resto del mundo pretendidamente coherente y eficiente? No, no podía confiar en ella, no podía estar seguro de su discreción, aunque

le hubiera prometido a Delia cuidarme. Más bien que se preguntaría qué haría Delia de estar ahí, y seguramente que no le parecería que a Delia mis temores y mis planes le resultaran razonables. ¿Iba Filomena a enfrentar a Sebastián ya hombre hecho y derecho, al menos en apariencia? ¿Iba a considerarlo el enemigo? ¿Acaso no vio ella nacer a Sebastián, no le cambió su primer pañal? Filomena se enteraría de la realidad, del horrible complot de Sebastián, el mismo día de la fuga, no antes, y se iría con nosotros.

Entraba y salía del estado febril. Me repetía una y otra vez que tenía que alimentarme para sentirme mejor y poder huir de aquella encerrona. En cuanto pude mantenerme flotando en un relativo estado de lucidez, y en cuanto pude sentarme en la cama, pedí el laptop. Lo encendí. Seguía sin conexión. ¡Imposible! Ningún servicio puede fallar tanto tiempo. Le pedí a Filomena que reclamara en Antel. Pasó horas para conseguir hablar con la persona adecuada y ésta le dijo que no estábamos abonados en Antel para Internet. “Entonces ¿con quién estamos abonados?” grité ya incapaz de soportar la angustia. “Tranquilo, se lo preguntamos a Sebastián cuando llegue” pidió Filomena, temerosa de verme reventar de pura impotencia. ¿Cómo pude no contestarle a Selma de inmediato? Me puse a festejar como un viejo idiota. ¿Qué podía estar pensando ella ante la ausencia de respuesta a semejante noticia? Otra vez me hundía en el delirio. Es capaz de abortar, o de suicidarse, pensaba. Entonces sí que sería el final para mí. El final del final. Delirante, empecé a hacer listas mentales de lo que quería llevarme de la casa al irme con ella. Listas cada vez más escuetas. Nada me parecía del menor valor. Nada quería de esta casa, ni de mi pasado. Sólo a Filomena. Sólo el futuro importa, pensaba. Es bello vivir así. Es ser joven.

Por momentos pensaba que sí le había escrito. “Nos casamos. Estoy preparando todo”. Un mensaje positivo y contundente que la ponía a esperarme, pero al margen de temores y angustias. Estaría feliz, exultante, participando de la buena nueva a sus amigos, si es que tenía alguno. ¿Les diría: “Me caso con un vejete podrido en guita”? No me importa cómo lo diga mientras la haga feliz decirlo. En realidad no podía imaginar a Selma manejando el asunto ante los suyos, si es que había tales suyos. Ella era para mí un ser único, cortado de cualquier contexto, autónomo, autosuficiente. Un ángel o un demonio, bajado del Cielo o subido desde el Infierno, para mi exclusivo servicio o para mi exclusiva perdición. Debí de haberle pedido el primer día mismo, como si fuera a contratarla para doméstica, todos sus datos: nombre completo, dirección, cédula, mutualista, estudios cursados, filiación religiosa, filiación política, personas con las que vive, con las que vivió, integrantes de su familia, amistades de total confianza, actividades que realiza, comidas preferidas, enfermedades en

la infancia, enfermedades recientes, enfermedades venéreas, y así siguiendo. El hueco de mi ignorancia respecto de Selma era insondable. La había tomado simplemente como un ser sobrenatural, salido de la nada para devolverme la vida.

Sebastián, como siempre distante y parsimonioso, como siempre mentiroso, disfrutando de mi dolor y de mi impotencia, me explicó que nuestro servidor de Internet era una empresa privada que casualmente estaba renovando toda su tecnología para darnos un mejor servicio, mismo que funcionaría nuevamente quizá mañana mismo. Eso dijo, y así me dejó, tascando el freno, tragando mierda, temblando y babeándome. Las fauces del tiempo recomenzaron la lenta masticación de mi cerebro. Día tras día, hora tras hora, minuto a minuto fueron reptando inexorablemente hacia la nada. Es lo que me queda de vida, se va por el resumidero, pensaba, jadeando, apenas pudiendo respirar. Poquito a poquito, gotita a gotita de paranoia, fui entrando en pánico. Algo pesado y oscuro crecía dentro de mí, como un bloque de piedra en el pecho, que me impedía ya moverme, hasta sentarme en la cama. Una y otra vez tenía la impresión de que mi cama se iba inclinando para dejarme caer hacia el abismo más negro, hacia la huesa.

Hundido en la cama, jadeando como si acabara de subir los ocho pisos de escaleras, con el cuerpo latiéndome como si me fuera a explotar, pensaba: “Ella ha sobrevolado mi vida como saliendo de la nada, y ha regresado a la nada. Ha sido una alucinación, estoy en mi agonía”. Alucinando... ¡qué manera indigna de morir! Pero entonces, como por encanto, estaba otra vez en la razón y trataba de tranquilizarme. Ella cargaba mi hijo. Ya aparecería. Vendría a mí. Comprendería que mi ausencia de respuesta a su mail no podía ser un rechazo. Una mujer sabe. Y, viejo o no, yo era su cobijo, su refugio. Yo la protegería durante su embarazo, y después. A mi lado nada le faltaría, nada malo podría pasarle, porque si hay algo que en alguna medida puede proteger de los peligros de este mundo, ese algo es el dinero. Ya se aparecería Selma por casa, en cualquier momento. Así me consolaba y así trataba de tranquilizarme. Pero sabiendo que era evidente la fragilidad del castillo de naipes que mis manos temblorosas habían levantado. Bastaría con que una mosca lo rozara para que se derrumbara. Y nuestro maravilloso futuro, aquella vida verdadera, se disolvería en el aire.

XXII

Pasaron los días. Creí estar saliendo de la crisis, que demostró no ser la última. La penúltima sí, probablemente. Selma no apareció. Había desaparecido, llevándose consigo la quintaesencia de mi existencia, aquello que soñé que la legitimaría: el hijo verdadero. Pero yo había sobrevivido y estaba dispuesto a pelear hasta el final. ¿Podía llamar a la Policía y pedirles que buscaran a una muchacha de nombre Selma y a la que no me unía más que una ilusión? Tenía yo dos... no, tres fotos tuyas... ¿Contratar a un investigador privado? No tendría ni la menor idea de por dónde empezar a buscarla. Pero podía darle mi contraseña de mail. Seguramente que Selma, al no recibir respuesta, me habría escrito algún otro mail. Por lo menos el investigador me serviría para escribirle, tranquilizarla, pedirle que venga a verme. Y si no me respondía, entonces el hombre

podría iniciar una pesquisa, cueste lo que cueste, visitando antes que nada todos los centros de Protección para la Infancia.

Con gran esfuerzo me puse de pie, caminé hasta la mesita de la sala de estar, donde está el teléfono y los directorios telefónicos. Busqué. Desde la cocina, suavizado por las puertas y por la distancia, me llegaba ruido de cacerolas. Filomena preparaba comida, o ya estaba lavando los trastos. Investigadores privados. Elegí uno, al azar. Levanté el auricular. ¡No había línea! ¡Entonces era verdad! Mis peores imaginaciones eran simplemente la verdad: estaba prisionero de mi propio hijo. Era la idea que yo había estado elaborando, pero aun así me cayó encima como un mazazo. Quedé aplastado en el sillón digiriendo la horrible realidad. Pensé en salir del apartamento, pero tuve la certeza de que la puerta estaría cerrada con llave y que la llave no estaría en el llavero de junto a la puerta. De hecho, desde el sillón mismo podía ver que la llave no colgaba del llavero. Me quedaba abrir una ventana y pedir socorro a gritos. Pero ¿con qué voz? Con espanto llegué al núcleo duro de la maldad de Sebastián. Y yo estaba prisionero de la fragilidad de mi propio cuerpo de viejo. Con este cuerpo que me iba quedando no podía hacer nada para salvarme. Y aunque gritara en la ventana y alguien me oyera ¿qué pensaría? Pobre viejo, ya piró, está para tirar.

Dándole vueltas a la situación no tardé en caer en lo más profundo del pánico, en aquello que para mí era el equivalente del foso de las serpientes: Sebastián, siempre tan atento a todo y tan metódico ¿no le habría, él sí, tomado los datos básicos a la furcia que entraba en su casa para darle servicios sexuales a su anciano padre? Y si lo había hecho ¿qué le impediría, buen hijo como era, eliminar las peores consecuencias de la erotomanía senil de su progenitor? ¿Eliminar? ¿Cómo? ¿Hasta qué punto? Con esta pregunta fue que las serpientes se me enroscaron por todo el cuerpo clavándome miles de colmillos envenenados. ¿Le habrá dicho que fallecí? ¿O incapaz de pronunciar lo más íntimo de su deseo se limitó, con un discurso lacrimógeno, a convencerla de lo inconducente de nuestra relación, que sólo podría, según él, acelerar mi final? ¿La habrá comprado, sobornado para que desapareciera? ¿Le habrá dado dinero suficiente como para abortar, viajar, etc.? Ni tanto, porque, entre los mil retorcimientos del alma de Sebastián, el que lidera es la avaricia, en lo cual también imita a su padre. Pero precisamente por eso, por avaricia, es que Sebastián no podía sino actuar, hacer algo para separarnos, porque si lo nuestro se realizaba, ya no sería mi único heredero.

Intuí en lo más hondo de mi alma y con la fuerza de la certeza absoluta, que Selma se negaría a ese tipo de componendas, se negaría a ya no verme más. ¿Y entonces? ¿Qué haría Sebastián? ¿La

mataría? Claro que sí. Es ese tipo de alimaña. Por supuesto que no lo haría con sus propias manos. En esta ciudad se consigue un asesino por unos pocos pesos. Más para enfriar a una simple muchacha de barrio obrero. De esa manera, y sin tocarme un pelo, Sebastián ganaría el último round, el decisivo, y terminaría conmigo asegurándose la herencia. ¡Qué me lleve el Demonio! ¡Que me lleven todos los infiernos! ¡Selma está muerta! ¡El hijo verdadero está muerto, antes de nacer, apenas embrión, sin llegar siquiera a feto! ¡Los ha matado y están pudriéndose bajo tierra, o flotando en un caño colector! Pero quizá no todo estaba perdido todavía. Quizá tenía tiempo para hacer algo. Pero ¿qué? Me sentía mareado. Toda aquella especulación vivida como certeza absoluta no había sido no un golpe más, sino el golpe demoledor. El deseo de vida que había reconstruido gota a gota y que estaba luchando por sostener se me desbarrancó en un abismo final. Mi mente, para protegerse seguramente, volvió a hundirse en las tinieblas. Volví a sentir que mi pecho era un bloque de piedra.

Desperté con un dolor de cabeza terrible. Como si un taladro me la estuviera atravesando de la frente a la nuca. Me costaba abrir los ojos. Anocheceía. Pensé que estaba solo, pero no era así. Silencioso en la penumbra –como Mefistófeles pacientemente esperando para recoger el alma del moribundo- estaba Quagliotti. ¡Claro! Él podía ser la salvación. Delirante y desesperado como estaba pensé que era Delia que se apiadaba de mí y me lo mandaba. “A vos, justo, quería verte, viejo” dije, aclarándome un par de veces la garganta con la consecuencia de un par de martillazos más en la cabeza. Viéndome el dolor se acercó y me dio un vaso de agua y una pastilla. “Tragátela de una, te saca el dolor” dijo, con ese tono amable y sereno, profesional, inalterable en él. “Vení más cerca” le pedí. Traslado la silla junto a la cama.

“Desapareció la muchacha” dije. “La que venía a visitarme” aclaré. Tenía las piernas cruzadas y encima las manos entrelazadas y quietas. Erectó expresivamente los pulgares. “Son cosas que pasan” dijo, arqueando a la vez las cejas. “Ese tipo de relación es de naturaleza precaria”. “No, no es eso. Escuchame. La embaracé”. Sonrió. “Entonces ya va a reaparecer” ironizó. Me quedé mirándolo fijo. “¿Te parece?” pregunté, capcioso. Se quedó callado. Captó mi punto de vista. “Es más, me corrijo” insistí. Cada palabra revoloteaba dentro de mi cráneo como un pajarraco atrapado, provocándome puntadas de dolor que me obligaban a cerrar los ojos. “No desapareció. La desaparecieron”. Se quedó callado, mirándome, ceñudo. Volvió a erector los pulgares, esta vez para expresar que no sabía qué decir. “¿Qué querés decir con que la desaparecieron? ¿Quién la desapareció?”. “¿A quién podría perjudicar que yo volviera a casarme y tuviera un hijo?”. Sonrió y sacudió la cabeza, incrédulo, con energía, tanto como se lo permitió su cuello de cerdo. Ecuánime, apaciguador, dijo: “Es muy terrible lo que decís. No puedo creer que pienses eso. Capaz que el fiolo le pegó –porque siempre hay un fiolo- y abortó, eso se ve todos los días en las urgencias médicas. O capaz que la mató un auto al cruzar la calle”. “Selma no es una puta, no tiene fiolo. Es un ángel que vino a sacarme de la muerte lenta en la que estaba. Y que la matara un auto es tan poco probable que ni vale la pena considerarlo” respondí, agotándome en el esfuerzo. “En cambio matar por una herencia es cosa de todos los días ¿o no? Vos que sos médico de viejos, bien lo sabés. Los viejos no tienen derecho a nada. Nada más a salirse de en medio para que los jóvenes gocen de la vida. ¿No es así que piensan los herederos?”. “Todo lo que quieras, pero sugerir que Sebastián, a quien conozco desde antes de nacer, mató a esa pobre infeliz para no compartir tu herencia, es absurdo” sentenció. “El mundo es absurdo. ¿No lo sabías?”. Sonrió, concediendo el punto, pero no me estaba tomando en serio. Demencia senil incipiente. Nada que no se arreglara con pastillas.

“Le bastaba con comprar el aborto” argumentó entonces, concediéndome, sin quererlo, la verosimilitud del móvil. “Es cierto, pero no es menos un asesinato. Doble. El de mi hijo en embrión y el mío, porque Sebastián sabe que yo no podría soportar el golpe”. Nos quedamos mirándonos a los ojos. Él podía leer muchas cosas en los míos pero yo en los suyos no leía nada. ¿O es que ustedes piensan que en realidad yo ya estoy muerto?” le solté metiéndolos a ambos en la misma bolsa. Touché. Reculó. “No digas pavadas” descalificó. Cerré los ojos. Lo que dije fue una intuición, pero deseé con toda el alma que estuviera equivocada. Ahora el taladro agujereaba mi cráneo de lado a lado. “Tranquilo. Tenés que descansar” dijo, suavemente. Le tendí una mano, la tomó en las suyas. “Vos sos médico” le dije con un hilo de voz. “Por lo menos podés averiguar si está muerta. No tengo más que el nombre: Selma, pero es un nombre raro, fácil de rastrear en los archivos de la policía”. “Está bien. Quedate tranquilo. Yo averiguo. Ahora tenés que descansar. Y despertarte como nuevo. Le dejo a Filomena unos calmantes especiales”. “Esperá. No te vayas. Selma trabaja en un Centro de Protección de la Infancia... Y Sebastián debe de tener datos de Selma. Seguro que se los pidió. Y a vos no te los puede negar”. “Está bien. Se los pido. No me los va a negar”. Traté de apretarle con fuerza la mano, pero me sentía cada vez más débil. “Tenés que ayudarme. Estoy solo y atrapado en esta casa. Pedile, exigile que vuelva a poner el teléfono, y la conexión con Internet...”. ¿Aún estaba hablando o sólo pensando lo que quería decirle si tuviera voz? Quagioti me hablaba, tan sereno como siempre, y su voz se fue convirtiendo en un bisbiseo hasta que se ahogó en la inmensa oscuridad de la inconsciencia.

XXIV

Al despertar la cabeza no me dolía menos, pero estaba recibiendo suero a través de una vía abierta en el dorso de la mano izquierda. Filomena, perro fiel y vigilante, estaba sentada en una silla junto a la cama mirando fijamente el goteo del suero. Suero con algún calmante, seguramente. Se veía cansada y triste. Sólo cuando moví la cabeza se dio cuenta de que estaba despierto. “Al fin se despierta, señor holgazán” me dijo con la ternura con que se le habla a un niño. “¿Llamó?” pregunté. “No” dijo suavemente. “¿Vino?”. “No”. “¿Quagliotti?”. “Vino todos los días”. “¿Cuántos días dormí?”. “Tres... o cuatro”. “¿Te dejó algún mensaje para mí Quagliotti?”. Negó despacito con la cabeza. Respiré hondo. Miré hacia la ventana. “¿Es de noche?”. “Las dos de la mañana”. “Andá a dormir, Filomena”. “Primero le traigo una sopita caliente” dijo y salió a escape, antes de que yo pudiera decirle que no. No sé si volvió con la sopita, porque no tardó en volver a tragarme mi noche interior. Después era aun -o quizá otra vez- de noche y Sebastián me miraba desde los pies de la cama, cruzado de brazos, mudo, inmóvil, imponente, como si fuera mi verdugo y estuviera esperando a que diera mi hora. Después era día, un día radiante, y allí estaba Selma, enorme y hermosa, sonriente mostrándome el bebé que sostenía en sus brazos, como una Madonna con Niño. Se acercaba y se inclinaba para que yo pudiera besar al bebé, un gran bebé lleno de vida, que me miraba con ojos enormes, y se reía. Después estaba allí Delia, pero la veía borrosa, como detrás de un vidrio empañado. Yo me esforzaba por verla con precisión, por asegurarme que era ella, porque quería explicarle, justificarme con ella. Finalmente era otra vez noche, y el que estaba allí, a los pies de la cama era Quagliotti. Me parecía que estaba a punto de irse y yo hacía un esfuerzo

enorme para levantar una mano indicándole que esperara, que no se fuera. Se acercó entonces, acercó su oído a mi boca. “¿Qué supiste?” le pregunté. Me habló al oído. “Me duele decírtelo” dijo, compungido. Lo miré a los ojos. Supe que iba a mentirme. Hay gente que miente mal. No por falta de vocación sino de talento. En un médico se considera un defecto grave no saber mentir, ser incapaz de la mentira piadosa. Supe que Quagliotti mentía mal cuando Delia se agravó y le mentía a ella. “Lo más improbable fue lo que sucedió” me cuchicheó en el oído, como si me estuviera pasando un dato para una carrera de caballos, a las que sé que es aficionado. Volví a mirarlo a los ojos. “La atropelló un auto” dije. Hizo que sí con un movimiento de cabeza, aliviado por no tener que decirlo él, por no tener que negar o defender, eventualmente, aquella mentira. La desesperación y la impotencia me atenazaron el corazón. No había ya lugar a más dudas. Sebastián la había matado. Y había comprado el silencio de Quagliotti. Mi médico de cabecera durante décadas, el que me controlaba las hemorroides, el que me mantuvo la próstata a raya, ese iba a ser el que disfrutara, al menos en parte, de los mangos que dejé en el banco. No Selma, ni el hijo verdadero. “¿Cuánto te prometió?” le pregunté a quemarropa. Vi endurecerse los músculos de su rostro. “Tenés que descansar. Cuanto más descanses mejor vas a estar” dijo alejándose despacito hacia la oscuridad, como un fantasma. Después ahí estaba Filomena, renovándose el suero y el calmante o somnífero que me inyectaban. Se lo dije, sin preámbulos: “Sebastián mató a Selma. El médico lo encubre. Tenemos que llamar a la policía”. La pobre se quedó mirándome como si, en lugar de estar yo en la cama, hubiera un monstruo con dieciséis pares de ojos. “Ya le traigo el teléfono, ahora mismo” dijo, pero se fue y no volvió. O nunca estuvo y yo soñé o deliré hablar con ella. Me aflojé. Dejé de resistirme. Floté por encima de la neblina del sueño. Pensé que ya estaba, que ya no importaba, que no quedaba nada que importara. Que lo mejor que podía hacer era empezar a prepararme para morir. Me aflojé más y más hasta que me sobrevino una especie de placidez. La de la muerte. Una voz poderosa y poco amistosa, como un trueno en el cielo, resonó, imperativa: “¡Escribano! ¡Adelante!”. Es mi turno, pensé.
